

Jefatura de hogar femenina y bienestar familiar en Monterrey

Una aproximación cualitativa

Félix Acosta*

RESUMEN

En este trabajo se lleva a cabo un análisis exploratorio de la relación entre la jefatura de hogar femenina y el bienestar de los hogares, usando información cualitativa obtenida con entrevistas a profundidad semiestructuradas a jefas de hogar de sectores populares de Monterrey. El propósito general del trabajo consiste en examinar las maneras en las que estas mujeres reconstruyen su identidad de género y organizan sus estrategias familiares de vida a partir de la necesidad de convertirse en alguna etapa de su vida en proveedoras económicas de sus hogares, considerando que, a partir de la experiencia de la jefatura, las jefas de hogar se reconstruyen a sí mismas no sólo como mujeres sino también como mujeres jefas de sus hogares.

Female Headship and Family Welfare in Monterrey. A Qualitative Approach

ABSTRACT

This paper presents an exploratory analysis of the relationship between female headship and family welfare by using qualitative data gathered through semistructured interviews to female household heads in Monterrey's poor sectors. The paper is aimed to analyze the ways by which these women reconstruct their social gender identity and organize their family strategies in order to cope with the needs they face as heads of households by considering that upon the headship experience these women reconstruct themselves not only as women but also as women who have become head of households.

*Investigador de El Colegio de la Frontera Norte. Dirección electrónica: acosta@colef.mx.

Artículo recibido en febrero de 2001.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se lleva a cabo un análisis exploratorio de la relación entre la jefatura de hogar femenina y el bienestar de los hogares con jefas a partir de información cualitativa obtenida con entrevistas a profundidad semiestructuradas a mujeres que son jefas de hogar de sectores populares. El propósito general del trabajo consiste en examinar las maneras en las que estas mujeres reconstruyen su identidad de género y organizan sus estrategias familiares de vida a partir de la necesidad de convertirse, en alguna etapa de su vida, en proveedoras económicas de sus hogares, considerando que, a partir de la experiencia de la jefatura y en su cotidiana interacción con la estructura social, las jefas de hogar se construyen y reconstruyen a sí mismas como mujeres y como figuras reconocidas en el interior de sus hogares.

Desde nuestro punto de vista, el análisis de estas dos dimensiones de la jefatura de hogar femenina, que pueden ocurrir simultáneamente durante una parte importante de la experiencia vital de las jefas de hogar, puede ser de utilidad para entender mejor las restricciones sociales que enfrentan los hogares con jefatura femenina y las especificidades de estos arreglos familiares en términos de los factores que condicionan potencialmente su situación de bienestar.

Enfrentadas a los efectos negativos de la discriminación laboral de género, de sus antecedentes demográficos, de las características específicas de sus arreglos familiares y de su propia condición de jefas en un contexto de crisis y reestructuración económicas y de restricciones sociales asociadas a su pertenencia de clase, las mujeres que son jefas de hogar de sectores populares pueden enfrentar, durante una etapa importante de su vida familiar, situaciones extremas de vulnerabilidad social por tener que resolver, de manera inmediata y con recursos particularmente escasos, la sobrevivencia cotidiana de sus hogares, haciendo posible la reproducción social en sus contextos familiares.

La hipótesis que sirve de guía en este trabajo establece que, aunque los antecedentes sociodemográficos que constituyen el origen de la jefatura femenina pueden ser diversos y estar asociados en la mayor parte de los casos a situaciones conflictivas con la pareja masculina, el trabajo extradoméstico de las jefas de hogar es el elemento fundamental que hace posible no sólo resolver, con mayor o menor éxito, la sobrevivencia inmediata de sus hogares sino también vivir la posibilidad de transformar radicalmente su manera de percibirse como mujeres.

Por las razones que hemos expuesto, es posible que el trabajo extradoméstico aparezca en la experiencia cotidiana de estas mujeres, como referencia común y como conexión constante, entre esas dos dimensiones de la jefatura vividas de manera simultánea por las jefas de hogar: las estrategias familiares de vida y la identidad de género. Así, el trabajo extradoméstico constituye para las jefas de hogar, un elemento básico de sus estrategias familiares de vida y al mismo tiempo una dimensión fundamental de su identidad de género reconstruida, en mayor o menor grado, a partir de la experiencia de la jefatura. El análisis de la información obtenida de las entrevistas a profundidad a las jefas de hogar tiene el propósito de mostrar la heterogeneidad de las jefas en términos de los alcances, las características y la interacción de estas dos dimensiones de la jefatura de hogar femenina a partir, básicamente, de los significados que las jefas de hogar le atribuyen al trabajo extradoméstico.

Es muy importante señalar que, debido a la naturaleza no probabilística de nuestra muestra y a la aproximación metodológica que utilizamos en este trabajo, los resultados que presentamos tienen un carácter exploratorio y no son representativos de ningún universo de jefas de hogar. Conforme nos adentramos en el mundo subjetivo de las jefas de hogar y visualizamos a la jefatura como un proceso vivido socialmente pretendemos, en cambio, entender los significados y las repercusiones de la experiencia de la jefatura de hogar sobre la identidad de género y la vida familiar de un grupo social de mujeres que pueden verse enfrentadas, en alguna etapa de su vida, a situaciones de extrema vulnerabilidad social. Pensamos que explorar las formas en las que estas mujeres enfrentan y resuelven con acciones individuales, familiares y sociales, las restricciones impuestas por la experiencia de la jefatura en un entorno social deteriorado, puede ayudarnos a entender más ampliamente la relación entre la jefatura de hogar y el bienestar familiar, e interpretar mejor las posibilidades, las limitaciones y los significados sociales de estos arreglos familiares.

El trabajo está integrado por cuatro secciones. En la primera sección resumimos la discusión teórica acerca de los ejes teórico-metodológicos que sirven de guía para el análisis cualitativo de la jefatura de hogar femenina en este trabajo; en la segunda presentamos las características de la opción metodológica utilizada y revisamos algunos rasgos generales de la muestra de jefas de hogar entrevistadas; en la tercera sección repasamos algunas características del contexto socio-espacial al que pertenecen las jefas de hogar que entrevistamos, y en la cuarta

presentamos los resultados del análisis de la información, con una descripción más detallada de las características sociales de las jefas entrevistadas. Al final del artículo se ofrece una síntesis de los resultados del análisis y algunas consideraciones finales.

LOS EJES TEÓRICOS

La identidad de género y las estrategias familiares de vida constituyen los dos ejes teóricos de este trabajo. Ambos conceptos remiten a construcciones sociales cuya naturaleza está anclada en el concepto de dualidad como una característica que le es propia a la estructura social, es decir, el funcionamiento del juego de los géneros y las estrategias familiares se entiende a partir de la relación en ambas direcciones entre acción individual y estructura social (Berger y Luckmann, 1967; Cervantes, 1994, y Pzeworski, 1982).

En la literatura sociodemográfica es posible distinguir diversas aportaciones al desarrollo del concepto de estrategias familiares de vida, desde los estudios pioneros en América Latina de Duque y Pastrana (1973) y Torrado (1978, 1981), que postulaban una relación determinista entre la estructura social y los comportamientos demográficos individuales y familiares, hasta las críticas a la naturaleza racional de las estrategias de vida y al papel homogeneizador de la estructura social sobre las acciones de los individuos y los grupos sociales (Hareven, 1977, 1990; Moch *et al.*, 1987, y Pzeworski, 1982). En la conceptualización de las estrategias familiares de vida —las cuales son entendidas como decisiones que los hogares toman explícita o implícitamente— en la mayor parte de los trabajos que se han ocupado del tema, se reconoce el papel activo de los individuos y las unidades domésticas en el control y manejo de sus recursos para hacer frente a los cambios económicos y sociales; además, al reconocer que las decisiones que se toman en el interior de los hogares reflejan la interacción de factores tanto materiales como culturales, se han cuestionado los supuestos iniciales del concepto que establecían condiciones de armonía en las relaciones intrafamiliares.

Entre los aportes de la discusión del concepto de estrategias familiares de vida, los cuales consideramos útiles para los propósitos de este trabajo, está el reconocimiento de la influencia de las trayectorias vitales familiares y de las redes sociales de apoyo como dos elementos que deben considerarse para entender las

posibilidades de respuesta de las familias ante los condicionamientos de la estructura social. En el caso de las jefas de hogar entrevistadas, la distinción por etapas de las trayectorias vitales familiares remite además a diferentes significados de la jefatura de hogar y a diferentes antecedentes sociodemográficos de las jefas de hogar y de sus hogares: mientras que para las jefas de hogar en etapas tempranas e intermedias de su trayectoria vital familiar la jefatura de hogar puede estar asociada fuertemente a la responsabilidad económica y a la necesidad de mantener a los hijos pequeños, para las jefas de hogar en etapas avanzadas de su trayectoria vital familiar la asignación de la jefatura descansa, probablemente, en el reconocimiento por parte de los demás miembros del hogar, generalmente los hijos mayores de edad, a pesar de que la aportación económica de la jefa, si existe, no constituya el ingreso más importante del hogar.

En la indagación de los procesos de formación de la identidad de género de las mujeres que son jefas de hogar utilizamos como punto de partida la tesis de Cervantes (1994), que establece que en los procesos de construcción de la identidad de género pueden considerarse tres ejes que en su dimensión, tanto simbólica como factual, definen la identidad de género de las mujeres: el ser madre y la maternidad; el matrimonio o la unión, y el ser esposa o compañera; y el trabajo o la profesión, y el ser trabajadora o profesionalista;¹ de esta manera, la identidad social femenina se construye a partir de las formas en las que se vive y se interioriza en la experiencia vital de las mujeres cada uno de los ejes mencionados (Cervantes, 1994).

La importancia relativa de cada uno de estos ejes de la identidad de género de las mujeres responde además a diversos condicionamientos sociales y culturales. En algunos estudios de carácter cualitativo realizados para diversos contextos sociales urbanos de México, se ha mostrado que el matrimonio y la maternidad son muy valorados por las mujeres y que ambas dimensiones de su identidad social aparecen frecuentemente fusionadas en las percepciones de las propias mujeres, pues el matrimonio no se concibe como un fin en sí mismo sino como un medio para acceder a la maternidad (García y De Oliveira, 1994). En el estudio de Rodríguez (1997) acerca de los significados de la jefatura de hogar entre mujeres

¹ La doble acepción —la factual y la simbólica— de estos tres ejes se debe a la distinción que Cervantes hace entre el mundo de los hechos y el mundo de los significados, pues, por ejemplo, una cosa es el valor y el significado que las mujeres le atribuyen al ser madre y otra cosa es cómo se vive esa experiencia vital; de esta manera, una mujer puede ser madre o no, pero sí puede tener una idea de que ser madre significa contar con más recursos para la sobrevivencia, o de que el ser madre es una forma de realización personal para las mujeres.

divorciadas, separadas y abandonadas, se presentan testimonios que muestran la gran dificultad de estas mujeres para asumirse como mujeres solas —el matrimonio y la pareja se mantienen como símbolos en sus vidas por temor al rechazo social— y la gran importancia que estas mujeres le asignan a los hijos después de la ruptura de la relación marital.

Como dejamos establecido en el principio de esta sección, en la indagación cualitativa del proceso de construcción y reconstrucción de la identidad de género y de las acciones individuales y familiares asociadas a las estrategias de vida de las jefas de hogar, partimos del reconocimiento de los condicionamientos de la clase social. Sin embargo, consideramos que, aun controlando el efecto de esta variable, las jefas que comparten una posición en la estructura social viven, interiorizan y resuelven de maneras diversas las restricciones asociadas a su condición de jefas de sus hogares, dependiendo de los antecedentes sociodemográficos que rodean a la experiencia de la jefatura de hogar y que influyen sobre la importancia relativa de los diferentes factores² que condicionan potencialmente la situación de bienestar de sus hogares.

LA OPCIÓN METODOLÓGICA

Para recoger la información que se analiza en esta investigación se utilizó la entrevista a profundidad (Fontana y Frey, 1990; McCracken, 1990; Morse, 1994, y Vidich y Lyman, 1994), una técnica que permite la reconstrucción longitudinal de la experiencia vital de las jefas y de sus hogares; esta técnica de investigación cualitativa ha mostrado ser útil en el análisis sociodemográfico cuando lo que se busca en una investigación es entender el significado que los distintos actores asignan a los diferentes procesos de organización social al interior de los hogares (García y Oliveira, 1994, y Oliveira, Eternod y López, 1999).

Los informantes clave en esta investigación fueron precisamente las jefas de hogar de sectores populares de distintos estados civiles y diferentes etapas del ciclo vital familiar. En el proceso de selección de las jefas de hogar entrevistadas se utilizaron los cuestionarios de una encuesta probabilística sobre violencia do-

² Estos factores están asociados a la ausencia del cónyuge masculino, a la discriminación social de género, que tiene un efecto importante sobre las oportunidades de educación y trabajo de las jefas de hogar, y a esa situación particular vivida por las jefas, de ser mujeres y a la vez jefas, lo que las coloca en una situación en la que tienen que hacerse cargo simultáneamente del sostenimiento económico de la familia y del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos (Buvinic, 1990, y Osaki, 1991).

méstica, realizada por el Consejo Estatal de Población de Nuevo León, lo que facilitó en gran medida la identificación y selección de las jefas de hogar a partir del criterio de la jefatura declarada y reconocida por los demás miembros del hogar. Esta encuesta hizo posible contar además con un expediente inicial acerca de algunas características de las jefas y de sus hogares, información que nos permitió seleccionar a un conjunto de jefas de hogar declaradas que trata de capturar la diversidad de situaciones sociodemográficas de las jefas de hogar, en términos de factores tales como el estado civil, la etapa de su trayectoria vital familiar y la composición de sus hogares.

Se utilizan en este trabajo entrevistas semiestructuradas realizadas a jefas de colonias populares del área metropolitana de Monterrey, efectuadas durante la segunda mitad de 1996. Las colonias en las que viven las jefas seleccionadas corresponden todas al estrato social bajo, según el marco muestral elaborado por la dirección de estadística del gobierno estatal y que considera como criterios para la estratificación, aspectos tales como las características físicas de las viviendas, el grado de urbanización y la disponibilidad de servicios públicos.

Para llevar a cabo el análisis, de un total de veinticuatro entrevistas realizadas seleccionamos, posteriormente, a diecisiete jefas de hogar;³ de estas jefas cuatro son divorciadas, siete son separadas, cuatro son viudas, una es madre soltera y una es casada. Once de las jefas de hogar se encuentran en etapas tempranas e intermedias de su trayectoria vital familiar, con edades que oscilan entre los 28 y los 45 años; las restantes seis jefas se encuentran en etapas más avanzadas de su trayectoria vital familiar, con edades de entre 49 y 68 años.

Para realizar la entrevista se utilizó una guía semiestructurada organizada en dos secciones,⁴ además de una ficha familiar en la que se recogió información para cada uno de los miembros del hogar que se refiere al parentesco con la jefa del hogar, el sexo, la edad, el último grado aprobado en la escuela y el nivel, la condición de ocupación, la ocupación en el trabajo principal, el ingreso semanal, la contribución monetaria a la manutención del hogar, las horas dedicadas a las labores de la casa y el estado civil.

Con la primera sección de la guía de la entrevista se recoge la información re-

³ En algunas de las entrevistas que no fueron consideradas para el análisis que se lleva a cabo en este capítulo, la información que se requería no estaba completa, a pesar del esfuerzo de la entrevistadora; en otros casos, de dos entrevistas que presentaban similitudes respecto a los antecedentes sociodemográficos y a la experiencia vital de las jefas de hogar, optamos por considerar la entrevista que ofreciera mayores posibilidades analíticas.

⁴ La guía de la entrevista puede ser consultada en Acosta, 2000.

lacionada con los antecedentes sociodemográficos inmediatos de la jefatura de hogar, así como la percepción que la jefa tiene de aspectos de su experiencia vital, como son el matrimonio o la unión, la ruptura de la unión, la posible fuente del reconocimiento de los demás miembros del hogar de jefatura femenina y los significados de la jefatura para la propia jefa de hogar.

La segunda sección de la guía de la entrevista se diseñó para captar la información que se refiere a los diferentes aspectos de la estrategia familiar de vida de las jefas. Así, los apartados de esa segunda sección tratan de recoger la experiencia de las jefas en relación con aspectos tales como los efectos de la ausencia del cónyuge masculino, las maneras en las que se dividen las tareas domésticas y extradomésticas entre los diferentes miembros del hogar, la experiencia laboral de la jefa y los posibles condicionamientos de género sobre sus oportunidades laborales y de ingreso, las implicaciones de la doble condición de ser mujer y jefa sobre las posibilidades de conseguir trabajo y buenos ingresos, su percepción en relación con el bienestar de su familia cuando se compara con la situación anterior en la que el cónyuge masculino estaba presente, el papel de las redes familiares y sociales de apoyo y los obstáculos que la condición de jefa impone sobre las posibilidades de construcción y mantenimiento de estos mecanismos sociales de apoyo, y la percepción y experiencia de la jefa de hogar en relación con la construcción y mantenimiento de ese espacio vital que es la vivienda.

Para realizar las entrevistas se instruyó a las entrevistadoras,⁵ para que en cada una de las partes de cada una de las dos secciones se le solicitara a la jefa "que contara" su experiencia a partir de un planteamiento bastante general del tema; siguiendo el relato inicial de la jefa, la entrevistadora se ocupó luego de asegurarse, con preguntas más concretas, de que se recabara toda la información que se requería. Como se esperaba, el cuidado que las entrevistadoras pusieron en su trabajo no pudo evitar que algunas jefas mostraran más o menos interés que otras, y una mayor o menor disposición para contarle a la entrevistadora algunas partes de su vida; estas diferentes disposiciones de las jefas ante la entrevista se vieron obviamente reflejadas en la extensión de las entrevistas y en su riqueza analítica.

La visión longitudinal de la información y el análisis de la trayectoria vital fa-

⁵ Las entrevistas fueron realizadas por un grupo de tres mujeres, dos de las cuales son sociólogas y una psicóloga; antes de que se llevaran a cabo las entrevistas, se realizaron dos sesiones de entrenamiento en las que se explicó a las entrevistadoras los propósitos del trabajo, la naturaleza de la técnica empleada para recopilar la información, el contenido de la guía de la entrevista y los objetivos específicos de cada sección.

miliar de las jefas de hogar a partir del momento en el que se enfrentaron a la jefatura, nos permitió observar el papel de la trayectoria vital como condicionante de sus características sociodemográficas y las de sus hogares y de sus posibilidades de bienestar, utilizando para ello a la totalidad de las jefas. Podemos, con este recurso analítico, observar lo que sucedió en la experiencia vital de las jefas a partir del inicio de la condición de jefatura y observar también los mecanismos utilizados por ellas para enfrentar esa situación; podemos observar también los significados iniciales que las jefas de hogar le asignan a su nueva condición familiar y las reconstrucciones subjetivas posteriores producto de sus reacomodos a las nuevas circunstancias del hogar. Por estas razones, el “antes” y el “ahora”, lo que permanece y lo que cambia, están siempre presentes en la guía de la entrevista y en el análisis de la información recopilada.

EL CONTEXTO SOCIAL DEL ESTUDIO

Las jefas de hogar entrevistadas viven en colonias populares del área metropolitana de Monterrey (AMM). Esta área es un espacio eminentemente urbano y con una profunda tradición industrial, aunque con la crisis económica se ha terciarizado la actividad económica, incrementando la participación del comercio y de los servicios en la economía local; al mismo tiempo, el porcentaje de trabajadores asalariados ha disminuido y la participación femenina se ha incrementado significativamente. En las cifras que se presentan en la parte inferior del cuadro 1, se pueden identificar los cambios más importantes ocurridos en la estructura de la demanda de trabajo en el AMM en el periodo más reciente.

Constituida actualmente por nueve municipios —Monterrey, Guadalupe, San Nicolás, Apodaca, Santa Catarina, Escobedo, San Pedro Garza García, Juárez y García—, el AMM posee las divergencias sociales que caracterizan a México, pues dentro del conglomerado social-urbano que la integra se encuentra uno de los municipios más ricos de México, San Pedro Garza García, asiento y lugar de residencia de los grandes corporativos industriales y de las familias que ostentan su propiedad; al mismo tiempo, en el AMM se encuentra ciudad Guadalupe, ciudad-dormitorio de los obreros de las fábricas regiomontanas y nicolaítas, de los trabajadores del comercio regiomontano y de una buena cantidad de las todavía pocas maquiladoras que existen en Nuevo León.

CUADRO 1. *Algunos indicadores sociodemográficos del área metropolitana de Monterrey.*

<i>Indicador</i>	<i>Dato</i>	
Población 1995		2 987 653
% de la población del estado		84.3
Hogares 1995		746 913
% de hogares familiares 1990	94.9	
% de hogares con jefatura femenina		12.3
% de hogares nucleares	80.6	
% de hogares con jefatura femenina		9.8
% de hogares extensos	17.5	
% de hogares con jefatura femenina		23.1
% de hogares compuestos	1.9	
% de hogares con jefatura femenina		26.8
Tasa neta de participación femenina 1970		22.6
Tasa neta de participación femenina 1994		36.7
Distribución de la PEA	1988	1994
% manufactura	28.2	24.9
% construcción	7.7	9.0
% comercio y transporte	24.6	27.2
% servicios al productor	6.5	6.8
% servicios sociales	11.7	8.4
% servicios personales	16.9	21.3
% gobierno	4.4	2.4
% de asalariados	75.1	70.8

FUENTES: INEGI, 1996; Estrella y Zenteno, 1997.

Los empadronadores estatales del conteo de población y vivienda de 1995 contaron 2 millones 987 mil 653 habitantes en el AMM, los cuales representan un 84.3 por ciento de la población total del estado de Nuevo León. Con las cifras del Censo de Población de 1990 podemos tener una idea aproximada de los arreglos familiares dominantes en el AMM, tomando como una aproximación a las familias que viven en localidades de 50 mil y más habitantes. El análisis de estas cifras revela que los hogares familiares constituyen el arreglo familiar más común en el AMM, pues su participación relativa en el total de hogares es de 94.9 por ciento (véase el cuadro 1).

En el mismo cuadro 1 se puede observar que al interior de los hogares familiares, el hogar nuclear —formado por el cónyuge con o sin pareja y sus hijos— alcanza una participación de 80.6 por ciento y es seguido por los hogares extensos,

los cuales alcanzan un 17.5 por ciento del total; los hogares compuestos ocupan el 1.9 por ciento restante. Por otro lado, las cifras del Censo de Población de 1990 revelan que dentro de los hogares familiares del AMM un 14.1 por ciento está encabezado por una mujer, y que este porcentaje es bastante más bajo (9.8%) entre los hogares nucleares, pero se incrementa significativamente entre los hogares extensos (23.1%) y los hogares compuestos (26.8%).

RESULTADOS DEL ANÁLISIS

Las jefas de hogar de sectores populares están expuestas a vivir una situación social doblemente desventajosa, debido a su posición dentro de la estructura social y al potencial efecto negativo de los factores condicionantes del bienestar de sus hogares que se encuentran asociados a la estructura de sus hogares, a la discriminación social de género y a las limitaciones adicionales que les impone su doble condición de mujeres y jefas de sus hogares. El análisis de las estrategias familiares de vida y de las maneras en las que estas mujeres viven e interiorizan su condición de jefas de hogar, nos conduce al análisis de la interacción de ambos sistemas de diferenciación social: la clase social y su condición como mujeres-jefas de hogar.

El hecho de que estas mujeres tuvieran que incorporarse al mercado de trabajo para satisfacer las necesidades económicas de su familia las ha llevado a modificar su modo de vida y, en consecuencia, su percepción acerca del mundo y de ellas mismas, generándose un proceso de reconstrucción de su identidad social con alcances diferentes, dependiendo de los antecedentes sociodemográficos de cada una de ellas.

Las preguntas con las que abordamos la lectura de las entrevistas realizadas, tienen que ver con las maneras en las que estas mujeres viven, interiorizan, reproducen y modifican su identidad de género y su posición en la jerarquía social. Estas preguntas son las siguientes: ¿cómo se construyen los vínculos entre las estrategias familiares de vida y el proceso de reconstrucción de la identidad social de las jefas a partir del papel del trabajo extradoméstico en ambas dimensiones de la experiencia vital de las jefas?; también, ¿qué aspectos positivos o negativos asociados al género, determinan la capacidad de estas jefas para resolver los problemas asociados con la reproducción de su familia? Y, desde el otro lado de la

moneda: ¿de qué manera el nuevo rol de mujeres-jefas-trabajadoras les permite a las jefas modificar su propia percepción como mujeres?; además, ¿cómo se modifican las dimensiones relativas a la maternidad y a la pareja constitutivas de la identidad femenina, a partir de los cambios asociados a la experiencia de la jefatura del hogar y a su participación laboral?

Considerando las diferentes restricciones que la etapa de la trayectoria vital familiar y sus propias características sociodemográficas pueden imponer a las jefas de hogar sobre sus posibilidades de realizar trabajo extradoméstico, y sobre los posibles significados de esta variable en las percepciones de las jefas de hogar para propósitos analíticos, hemos dividido a las jefas de hogar entrevistadas en dos grupos en función de la etapa de la trayectoria vital familiar en la que se encontraban en el momento de la entrevista.

El primero está integrado por jefas de hogar jóvenes y de mediana edad —28 a 45 años— que se encuentran en etapas de la trayectoria vital familiar en las que los hijos son aún pequeños, y el trabajo extradoméstico de las jefas es imprescindible en la estrategia de vida de sus hogares; el segundo lo conforman jefas de hogar maduras —de 49 a 68 años—, cuyas características sociodemográficas favorecen todavía menos sus posibilidades de empleo e ingresos y cuyos hogares se encuentran en etapas más avanzadas de su trayectoria vital, en las que la posible contribución económica de las jefas de hogar sea menos importante para el sostenimiento de la familia, debido a la presencia de hijos e hijas mayores de edad económicamente activos.

Al hacer esta distinción de las jefas según las etapas de la trayectoria vital familiar, y a partir del análisis de la experiencia vital de las jefas desde el momento en que estas mujeres se enfrentan a la jefatura de hogar, podemos también establecer una interesante relación entre las jefas de ambos grupos: en virtud de que las jefas del segundo grupo han pasado ya por las etapas de la trayectoria vital familiar, por las que actualmente están pasando las jefas del primer grupo, las jefas maduras podrían verse, en cierta medida, como el futuro de las primeras, mientras que las jefas más jóvenes podrían ser consideradas como el posible pasado de las jefas del segundo grupo.

Jefas en etapas tempranas e intermedias de su trayectoria vital familiar

En el cuadro 2 presentamos las principales características sociodemográficas de

las jefas de hogar entrevistadas que se encontraban en etapas tempranas e intermedias de su trayectoria vital familiar.

Ante la ausencia física —en el caso de las jefas sin cónyuge— o simbólica —en el caso de la jefa de hogar casada— de la pareja masculina, todas las jefas de hogar que conforman este grupo comparten la característica de que la ausencia

CUADRO 2. *Antecedentes sociodemográficos de las jefas de hogar entrevistadas en etapas tempranas e intermedias de su trayectoria vital familiar.*

Jefa	Edad	Estado civil	Escolaridad	Ocupación	Edad a la ruptura de la unión	Comportamiento del cónyuge asociado a la ruptura	Tipo de hogar	Edad de los hijos en el hogar
Carla	28	divorciada	primero de preparatoria	intendente	23	infidelidad, maltrato, irresponsabilidad económica	extenso vertical	06
Hortensia	36	viuda	tercero de secundaria	intendente	24	alcoholismo, maltrato	nuclear hijos solteros	17, 14, 11
Susana	36	viuda	tercero de primaria	no trabaja	24	alcoholismo, irresponsabilidad económica	nuclear hijos solteros	20, 16, 15, 09, 01
Irma	36	casada	tercero de primaria	empleada doméstica	33	enfermedad	extenso vertical	17, 16, 09
Amada	37	divorciada	primaria completa	empleada doméstica	27	infidelidad, irresponsabilidad económica	nuclear hijos solteros	23, 18, 15
Mariana	40	divorciada	secundaria completa y costurera	costurera y vendedora	32	infidelidad	nuclear hijos solteros	23, 18, 15
Dulce	41	madre soltera	primaria completa	costurera y vendedora	28	No quiso casarse con ella	extenso vertical horizontal	13, 13
Laura	41	separada	primero de primaria	cocinera	37	maltrato	extenso vertical	08
María	43	separada	primaria completa	no trabaja	33	maltrato, infidelidad	extenso vertical	20, 18, 16
Marta	43	separada	primero de primaria	empleada doméstica	34	infidelidad	extenso vertical	19, 18, 15, 14
Tania	45	divorciada	carrera comercial	secretaria	34	infidelidad, maltrato, irresponsabilidad económica	nuclear hijos solteros	14, 11

FUENTE: Elaboración personal con la información de las entrevistas; los nombres de las jefas son ficticios.

del cónyuge las colocó en una situación en la que tuvieron que hacerse cargo, de manera simultánea, de la responsabilidad económica del hogar, del trabajo doméstico y del cuidado de los hijos, en la mayor parte de los casos en una situación de vulnerabilidad social extrema, determinada por la escasez de recursos tanto individuales como familiares y ante la falta de apoyos institucionales que reconozcan la situación excepcional por la que atraviesan estas mujeres y sus hogares.

Debido a que estas mujeres tuvieron que enfrentarse a la ruptura de la unión a

edades relativamente tempranas de su trayectoria vital familiar —entre los 23 y los 34 años de edad—, todas ellas tenían hijos menores de edad al momento de convertirse en jefas de sus hogares. Aunque la separación, el divorcio, la viudez y la fecundidad soltera constituyen los antecedentes demográficos de la jefatura de hogar entre estas mujeres, es relevante mencionar que en sus trayectorias vitales aparecen de manera recurrente la baja escolaridad, la ausencia de expectativas de desarrollo individual, la carencia de apoyos familiares, las uniones y la fecundidad a edades relativamente tempranas y con escaso conocimiento de su cónyuge, como factores que condicionan en gran medida los términos, las posibilidades y la estabilidad de su relación de pareja.

De la misma manera, es muy importante señalar que detrás de los antecedentes estrictamente demográficos que dan lugar a la jefatura femenina, en los relatos de casi todas las jefas de hogar están presentes de manera recurrente el maltrato, la infidelidad, el consumo de alcohol y la irresponsabilidad económica de parte de sus cónyuges —aun en el caso de las dos jefas viudas, las cuales “perdieron”⁶ a su pareja a edades relativamente tempranas— como problemas asociados a la ruptura de la unión, la cual fue vivida, evidentemente, como un proceso permeado por los conflictos, las tensiones, las separaciones temporales, las reconciliaciones y finalmente la ruptura del vínculo conyugal.

Además de las jefas viudas, en este grupo de jefas se encuentran cuatro jefas de hogar divorciadas, tres jefas separadas y una jefa casada. Mientras que en el caso de la jefa de hogar casada la ausencia del cónyuge es vivida por la jefa y por sus hijos de una manera simbólica, inesperada y no deseada —debido a que el cónyuge masculino dejó de cumplir con los roles tradicionalmente asociados a la figura de esposo y padre, pero sigue estando presente físicamente en el hogar— en algunos casos de las jefas de hogar separadas y divorciadas, especialmente entre las jefas de mayor escolaridad y con antecedentes laborales previos al matrimonio o la unión, fueron ellas mismas las que desempeñaron un papel activo en la terminación definitiva de la relación ante situaciones de irresponsabilidad, maltrato o infidelidad de los maridos.

En cambio, entre las jefas de hogar de menor escolaridad y sin antecedentes

⁶ En los dos casos de jefas de hogar viudas se trata de mujeres que enviudaron a los 24 años y que tuvieron una relación de pareja conflictiva y tensa, marcada por el maltrato, el abandono constante, la infidelidad y el consumo frecuente del alcohol por parte de sus cónyuges, por lo que al evaluar la ausencia de la pareja masculina, en las percepciones de estas mujeres, la ausencia del cónyuge aparece como positiva para ellas, para el ambiente familiar y para el desarrollo de sus hijos.

laborales previos al matrimonio o la unión, a los problemas mencionados anteriormente se suman el abandono temporal o permanente por parte del cónyuge masculino y la presencia de otra mujer como antecedentes inmediatos asociados a la ruptura de la unión.⁷ En estos últimos casos, es evidente que las jefas de hogar se vieron obligadas a asumir primero la ruptura del vínculo conyugal y luego la responsabilidad total de la organización y mantenimiento económico del hogar, pues tanto en estos casos como en los de las jefas de mayor escolaridad, la contribución económica de los cónyuges masculinos separados o divorciados a la manutención de los hijos resultó esporádica y temporal.⁸

Las características referentes a la escolaridad y la ocupación de estas once jefas de hogar reflejan la influencia de los condicionamientos sociales sobre sus posibilidades de vida, y hacen evidentes los grados de precariedad social que distinguen a las mujeres de los sectores menos favorecidos en la estructura social. De las once jefas de hogar que conforman a este grupo, solamente dos tuvieron la oportunidad de cursar una carrera técnica; el resto de las jefas de hogar tiene niveles de escolaridad que no favorecen mucho su incorporación al mercado de trabajo.

Así, entre las jefas de hogar con bajos niveles de escolaridad que trabajan predominan los empleos mal remunerados, escasamente calificados y de naturaleza precaria o informal, como son los de intendente, afanadora y empleadas domésticas. En relación con las dos jefas de hogar que no se encontraban trabajando durante el momento de la entrevista, una había sido obrera, cocinera en un restaurante y empleada doméstica, mientras que la otra había trabajado como empleada doméstica y obrera.

Todos los hogares de estas jefas reciben ingresos monetarios adicionales a los de la jefa cuando ésta trabaja, pues uno o más de los integrantes del hogar tiene

⁷ Gómez de León y Parker (1999) han sugerido que en un país como México, en el que una buena parte de las mujeres no trabaja durante el matrimonio, la no disponibilidad de recursos puede condicionar la decisión de las mujeres de no terminar con una unión conflictiva y convertirse en jefas económicas de sus hogares. Por otra parte, en su muestra no probabilística de jefas de hogar divorciadas, separadas y abandonadas, Rodríguez (1997) sugiere que la menor escolaridad de las jefas abandonadas puede estar asociada con una actitud más pasiva frente a los problemas de la relación de pareja y frente a la ruptura de la unión, además de que entre estas jefas de hogar prevalecían relaciones con el cónyuge particularmente inequitativas y de violencia física y psicológica hacia ellas.

⁸ A pesar de que las jefas de hogar separadas y divorciadas intentaron en algunos casos, por los medios legales disponibles —demandas de pensiones alimenticias—, conseguir que los ex cónyuges se hicieran cargo de una parte de los gastos de los hijos, los resultados no fueron favorables debido a la propia actitud negativa de los padres, a la falta de conocimiento de la legislación familiar y a la carencia de recursos —tiempo y dinero fundamentalmente— para emprender esas acciones. En los relatos de estas jefas privan la desilusión, el hastío y hasta la fatalidad, ante la imposibilidad de lograr la cooperación de los padres en el sostenimiento económico de los hijos.

trabajo remunerado: puede ser uno de los hijos o hijas, incluyendo a los menores de edad; puede ser también un yerno, el padre, la madre o un pariente cercano.⁹ Además, dos de las jefas que trabajaban al momento de la entrevista y las dos jefas que no realizaban trabajo extradoméstico en el momento de la entrevista, recibían aportaciones económicas regulares de parte de hombres casados o separados, quienes eran considerados por las jefas como sus parejas actuales, a pesar de que no vivían con ellas.

Otro aspecto de las estrategias familiares de vida que distingue a las jefas de hogar es la conformación de familias extensas. Este arreglo familiar hace posible para las jefas disponer de fuerza de trabajo adicional, no sólo para realizar actividades extradomésticas remuneradas sino también para el reparto de las labores domésticas y para hacer posible el cuidado de los hijos en los casos en los que la jefa de hogar realiza trabajo extradoméstico. En esta situación se encuentran seis de las jefas de hogar que conforman este grupo; la responsabilidad de las labores domésticas en estos hogares es compartida entre la propia jefa de hogar y otros miembros del hogar, los cuales son generalmente mujeres, haciendo evidente la persistencia de las desigualdades de género en el interior de los hogares de estas jefas.

Sin embargo, en uno de los casos de jefas con hogares extensos, la responsabilidad del hogar, tanto económica como doméstica, recaía totalmente en la jefa de hogar pues su madre, que vive con ella y una hija de seis años, está incapacitada para moverse. Esta situación es vivida también por las cinco jefas de hogar cuyos hogares son nucleares; en estos casos, es frecuente que las jefas de hogar acudan a la cooperación de familiares, de sus vecinas y sus amigas, para hacer posible el cuidado de los hijos menores de edad mientras ellas trabajan. En los hogares de estas jefas es también común que los hijos se queden solos en el hogar mientras la madre sale a trabajar, cuando no se puede contar con la ayuda de alguna persona que pueda cuidarlos y que sean los propios hijos los que se hagan cargo de sus hermanos menores y de realizar una parte del trabajo doméstico.

Como ya lo hemos mencionado, en la experiencia vital de nuestras jefas de hogar entrevistadas, el trabajo extradoméstico aparece como el vínculo, como el elemento común a las dos dimensiones —las estrategias familiares de vida y la identidad de género— de la jefatura de hogar femenina que analizamos en este

⁹ Es relevante señalar, además, que los varones que contribuyen a los ingresos familiares, aun aquellos que son casados —hijos o yernos de las jefas de hogar— y con hijos —nietos de la jefa de hogar—, se distinguen porque sus aportaciones representan una parte de sus ingresos laborales.

trabajo. En los tres apartados que siguen, recogemos los relatos de las jefas en los que se da cuenta de los significados y las percepciones de las jefas de hogar respecto a la relación de esta variable con otros ejes de la identidad de género de las jefas de hogar, y con los diferentes aspectos asociados al bienestar de los hogares con jefatura femenina.

Trabajo extradoméstico y jefatura de hogar

Algunas de las once jefas de hogar de este grupo tienen una trayectoria laboral que comienza desde antes del matrimonio: en esa situación se encuentran Carla, Hortensia, Susana, Irma, Dulce, Laura y Tania. Esta experiencia laboral previa al matrimonio o la unión, especialmente si los empleos eran formales, les permitió a algunas de estas jefas de hogar enfrentar con mayor capacidad de decisión tanto la ruptura del vínculo conyugal como la responsabilidad económica de su hogar.

Carla, de 28 años de edad, divorciada a los 23 años y con experiencia laboral como empleada en una lavandería y como intendente en una institución pública, trabajaba desde los 15 años para mantenerse a sí misma, y vivió sola desde entonces y hasta casarse, pues su familia se desintegró al morir su padre. Después de cinco años de matrimonio, se divorció por problemas de infidelidad y de irresponsabilidad económica del esposo, y porque tenían constantes conflictos debido a que él la culpaba de la pérdida del producto de su primer embarazo. En el testimonio de esta jefa de hogar aparece claramente la fortaleza que le da saberse capaz de desempeñar un trabajo remunerado desde antes de casarse:

Trabajaba desde jovencita, para mantenerme, por eso lo pude mandar a la “goma”; de ahí yo sabía trabajar, de hambre no me iba a morir.

Dulce, de 41 años de edad y madre soltera desde los 28 años, ha trabajado también desde muy joven como costurera y vendedora de ropa. Ante la muerte de su madre, esta jefa de hogar la sustituyó como figura materna ante sus hermanos y aprendió costura para trabajar y ayudarle económicamente a su padre en el sostenimiento económico de sus hermanos:

... a sacar adelante a mis hermanos, a que tuvieran una carrerita; y ya mis hermanas estudiaron, se recibieron. Trabajan en su profesión, ya se casaron, son madres de familia.

Este relato da cuenta de que ser proveedora económica de su hogar era una tarea asumida por Dulce ya desde antes de ser madre. Los problemas a los que se enfrentó con el nacimiento de sus gemelos, los pudo resolver en buena medida por el tipo de trabajo que realizaba, pues aunque percibía un salario bajo, tenía un trabajo formal que le permitió contar con servicios públicos de guardería y otras prestaciones.

Tania, de 45 años de edad y divorciada desde los 34 años, aunque trabajaba como secretaria antes de estar casada, tuvo que dejar de trabajar cuando nació su primer hijo y duró tres años en esa situación. Sin embargo, como los ingresos de su marido ya no fueron suficientes para solventar los gastos que tenían, decidió volver a trabajar mientras estaba casada y pudo hacerlo en el mismo trabajo que desempeñaba anteriormente. Su actitud y su opinión acerca de la ruptura del vínculo conyugal reflejan la seguridad de saberse capaz de enfrentar la responsabilidad económica de su hogar:

... siento que en un momento dado si una pareja no se lleva bien no hay nada más sano que divorciarse. ¿Qué caso tiene que sigamos unidos si no funcionamos? No tiene caso que yo tenga toda la fuerza a mi lado; yo soy de la idea de que los zapatos a la fuerza no entran; entonces, no quieres estar a mi lado, eres libre.

A diferencia de Carla, Tania y Dulce, la experiencia laboral previa al matrimonio de Laura, de 41 años y separada a los 37, está asociada a las condiciones de extrema pobreza que vivió su familia de origen:

... cuando estuve soltera también trabajé mucho; trabajé mucho porque éramos muy pobres. Mis papás eran muy pobres y creo que yo era la más trabajadora; éramos muchos. A veces no había nada en la casa, y yo tenía que trabajar; así como ganaba el dinero se lo daba a mis padres.

Esta vivencia contribuyó muy poco a fortalecer la capacidad de decisión de Laura; al contrario, decidirse a enfrentar la jefatura y la responsabilidad económicas de su hogar le resultó bastante difícil y conflictivo. A pesar de que ella y sus hijos eran víctimas del maltrato de su marido, Laura manifiesta su inseguridad para tomar la decisión de terminar el matrimonio:

Me di valor de dejarlo; y aparte de eso, había una amiguita que quedó viuda. Y yo miraba a

aquella también dándole estudios a sus niños, y sola; nomás que ella está recibiendo una pensión de su esposo y yo no recibo nada.

En el caso de Laura, las condiciones de precariedad e informalidad de los empleos a los que puede acceder el grupo social al que pertenece, han significado una fuerte limitante para modificar ciertas actitudes propias de la mujer, asociadas a su posición de inferioridad social frente al hombre. Así, Laura vive con múltiples ambivalencias su rol como trabajadora, cuestionándose su capacidad como proveedora económica de su hogar y confrontando constantemente sus roles como jefa económica y madre:

... en ocasiones me hallo en la necesidad de casarme por la niña. Me gusta mucho trabajar, pero gano muy poquito; entonces digo, pues mejor me voy a casar pa' que me mantengan, porque gano bien poquito, y m'ija siempre sola...

La idea de que la pareja y el matrimonio constituyen una opción para resolver las necesidades económicas de la familia sigue estando presente también en las percepciones de las jefas de hogar que no tuvieron experiencia laboral antes del matrimonio, aunque la mayoría de ellas, a partir de su experiencia como mujeres proveedoras, ha modificado en gran medida sus actitudes hacia la pareja, como veremos en el apartado siguiente.

Antes queremos señalar también que ante la falta de experiencia laboral de las jefas que se ven enfrentadas a la necesidad de obtener ingresos para el sostenimiento económico de la familia, la jefatura del hogar somete a estas mujeres a un proceso de socialización secundaria que viven con inseguridad y temor, pues se perciben en una situación de desventaja, de vulnerabilidad y de aislamiento social. Mariana, de 40 años de edad y divorciada a los 32 años, y Amada, de 37 años de edad y divorciada a los 27 años, dan cuenta de ello en sus testimonios:

Yo, cuando decidí trabajar, ...lloraba, porque nunca había trabajado; yo nunca, ni de soltera, trabajé. Al enfrentarme a este problema, que entré a Ponderosa, (mi supervisor) —me decía—: ¿por qué lloras?; ...es que yo nunca he trabajado; —me decía—: pero mira que te va a ir bien, en un día o dos te pones al tiro y vas a ver que al rato hasta nos vas a abandonar y te vas a ir donde te paguen más. Yo no sabía lo que era una rebanadora, nada... (Mariana);

Yo no trabajaba ni nada; yo siempre metida aquí, en la casa; no conocía calles, no conocía gente, no conocía nada, o sea, que prácticamente fue empezar de cero, de cero, a buscar la manera de sobrevivir (Amada).

A diferencia de las jefas en otros estados civiles, las jefas económicas casadas tienen a su marido presente en el hogar, siguen siendo esposas; sin embargo, en estos casos el esposo ha dejado de jugar el rol de proveedor que le es asignado tradicionalmente: de alguna manera está "ausente" del mundo familiar y la jefa se ha visto obligada a llenar los vacíos causados por esa situación.¹⁰ Dentro de esta categoría tenemos en este grupo el caso de Irma, de 36 años de edad, una jefa casada con antecedentes laborales previos y durante el matrimonio, que tuvo que hacerse cargo de la responsabilidad económica de su familia a los 33 años, ante la enfermedad y la incapacidad de su marido para seguir desempeñando el papel de proveedor. Aunque Irma considera a su matrimonio como un fracaso y reconoce su propia capacidad para sostener económicamente a su familia, no ha podido asumir cabalmente su nueva condición de jefa económica de su hogar hasta llegar al punto de desear negarla:

A veces quisiera agarrar un camión e irme lejos, pero luego me pongo a pensar: ¿y a dónde voy a parar?, ¿qué voy a hacer?; pues no sabría qué hacer sola. Pero sí lo he pensado; hay veces que de lo cansada que ando no sé a dónde voy, se me olvida... será la presión, la responsabilidad de la casa; (me gustaría) que mi esposo estuviera bien, no me importa trabajar, pero por gusto, no por necesidad; me gustaría que fuéramos una familia normal, convivir los dos y compartir los gastos los dos.

En los testimonios de estas jefas de hogar, los antecedentes laborales previos al matrimonio y las propias características de la incorporación de estas mujeres al mercado de trabajo pueden explicar en gran medida los alcances de los procesos de internalización de su nueva condición de jefas y de responsables del sostenimiento económico de sus hogares: entre menos favorables son esos antecedentes, la responsabilidad económica de su familia aparece en las percepciones de las jefas de hogar más como una circunstancia obligada, para la que no fueron previamente preparadas socialmente, que como un proceso en el que ellas mismas participaron para conformarlo y hacerlo parte de su nueva experiencia cotidiana.

¹⁰ En su trabajo sobre los significados del trabajo extradoméstico entre 93 mujeres con cónyuge presente e hijos de sectores medios y populares, García y Oliveira (1994) encontraron que 14 de esas mujeres —todas de sectores populares— habían asumido la responsabilidad económica de sus hogares, aunque la mitad de ellas no se consideraba a sí misma como jefa y aceptaban que los cónyuges siguieran teniendo autoridad sobre la familia. Al indagar acerca de los significados del trabajo extradoméstico en las percepciones de estas jefas económicas, su participación en el mercado de trabajo era considerada como necesaria para el sostenimiento económico de su familia, mientras que entre las mujeres de sectores medios con cónyuges que también trabajaban, el trabajo extradoméstico adquirió significados adicionales ligados a los propios deseos de autonomía y desarrollo individual de las mujeres.

La pareja y el trabajo

Actualmente, Susana y María se dedican al trabajo doméstico y al cuidado de sus hijos, pero en etapas anteriores de su trayectoria vital familiar fueron proveedoras económicas de sus hogares. Ambas tienen un elemento en común: cuentan con el apoyo económico de una nueva pareja —un hombre casado y un hombre separado, respectivamente— con quien tienen una relación tradicional pero poco convencional: no viven juntos, pero el compañero tiene cierta responsabilidad económica con ellas y sus familias.

Susana, de 36 años de edad y viuda desde los 24 años, trabajó durante tres años como empleada doméstica y obrera hasta que conoció a su actual pareja, con quien inició una nueva etapa como madre, pues además de los cuatro hijos que ya tenía de su primera pareja, tuvo otros dos: uno tiene nueve años y el más pequeño un año. Susana dejó de trabajar a petición de su pareja, pues él le dijo:

Tú ya no puedes seguir trabajando (ya estaba embarazada del primer hijo de él). Tú ya no vas a trabajar; que tus hijos te mantengan a ti; si ellos quieren andar bien arreglados que trabajen.

A pesar de que Susana tuvo que enfrentar situaciones muy difíciles para mantener a los hijos de su primer matrimonio antes de contar con la ayuda de su segunda pareja y de que actualmente su familia enfrenta condiciones de vida muy precarias, el trabajo remunerado ha dejado de ser considerado por ella como una opción para resolver sus problemas económicos. Aunque existe un factor importante de orden sociodemográfico en la consideración que hace Susana para no ingresar de nuevo al mercado de trabajo, que es la presencia de un hijo pequeño en la familia, llama la atención la actitud que tiene frente a la nueva pareja masculina: en su discurso aparece una concepción tradicional del rol femenino que tiene que ver con la dependencia de la mujer frente al hombre, con una noción de vulnerabilidad social de las mujeres; por esta razón podría decirse que su nueva relación de pareja, aunque poco convencional, sigue siendo una relación bastante tradicional.

El caso de María, de 43 años y viuda desde los 33 años es diferente, pues si bien tiene una nueva pareja —un hombre separado que insiste en casarse con ella— que le ayuda económicamente de manera regular, fueron los hijos quienes

le pidieron que ya no trabajara después de haber sido obrera, cocinera en un restaurante y empleada doméstica:

Mis dos hijos dijeron que querían que los atendiera, que ellos iban a trabajar, y dije: órale, a ver si pueden con el gasto.

Apenas al año de haber dejado de trabajar se ve ya enfrentada constantemente a fuertes presiones económicas: estuvo sin luz cerca de seis meses porque no tenían para pagar y el drenaje se descompone continuamente; además, su hija menor recién regresó a vivir con ellos, pues se separó del padre de sus dos hijos, quien no se hace responsable de ellos ni de un tercero que está en gestación.

Mariana vende productos de belleza y realiza otro tipo de actividades, como coser ropa o cuidar niños de manera eventual. Hace dos años que no trabaja formalmente, pues a pesar de que tenía un trabajo bien remunerado recorría una gran distancia para regresar a su casa a atender a sus hijas y porque conoció a su actual pareja. No piensa buscar un nuevo trabajo pues:

Tengo una persona que me ayuda, me ayuda mucho, y mis hijas ya están trabajando.

A pesar de que, como hemos mencionado, establecer una nueva pareja es visto todavía por las jefas de hogar como una opción disponible para resolver los problemas económicos de sus hogares, la mala experiencia del primer matrimonio y sus nuevas responsabilidades como jefas de sus hogares les han modificado su actitud y sus percepciones respecto a la pareja. Los cambios que han tenido estas mujeres en su percepción acerca de la pareja, están muy ligados a su desempeño como proveedoras, a su capacidad demostrada para “sacar adelante a sus hijos” con los ingresos que obtienen o han obtenido por su trabajo extradoméstico. La mayoría de estas jefas de hogar tienen entre ocho y diez años de no vivir en pareja y todas ellas, incluso las viudas, tuvieron un matrimonio muy difícil, se separaron o divorciaron por problemas de infidelidad e irresponsabilidad económica del marido, y algunas de ellas vivieron situaciones extremas de violencia y maltrato. En varios casos, al hacer un recuento de su experiencia vital en su nueva situación, estas mujeres expresaron que el ser jefas de sus hogares ha significado para ellas una ganancia en términos de libertad e independencia personal:

...desde (entonces) tengo libertad, tranquilidad, no me atan (Tania);

...(desde) que él falleció, yo me sentí como más libre; no sé... pues ya me hice más responsable de mis hijos; como quiera, mal que bien, les di sus estudios (Susana),

...uno hace lo que le da la gana; de que tú te distribuyes como quieras, tu tiempo, tu dinero, tu vida, tú eres tú (Amanda).

La mala experiencia de su primer matrimonio contrastada con estos sentimientos es uno de los aspectos por los cuales la mayoría de ellas no se sienten capaces de iniciar una nueva vida matrimonial. Algunas manifiestan también su deseo de tener una relación de pareja distinta a la que habían tenido, una relación más igualitaria. Dulce, por ejemplo, opina:

Yo pienso que un matrimonio, a estas alturas, ya no sería para tomar decisiones uno sólo, sería para tomar decisiones los dos, que camináramos de común acuerdo; ya no sería un matrimonio para procrear hijos; simple y sencillamente sería un matrimonio por compañerismo.

Marta, de 45 años y divorciada desde los 34 años, es una de las mujeres que más transformaciones ha experimentado en su concepción acerca de la pareja a partir de su experiencia como jefa económica de hogar:

Siempre se ha visto que trabaje la mujer, pero pos antes estaba atendida al hombre, porque hay mujeres que si las deja el hombre, pos ahí se van a morir de hambre, porque no saben hacer nada... de ir de perdido a trabajar; ¿por qué?, porque están nomás al señor y no pueden solucionar un problema; pos porque, ¿cómo le van a hacer?; porque apenas el señor y todo el señor; ¡no!, hay que uno también..., que si uno tiene el viejo hay que decir yo hago esto o hago lo otro, porque así ya no está tan... si la deja ¿verdad? Si la deja el hombre, pos dice: yo me pongo a trabajar; hay que decir: a mí no me puede si me deja, como quiera, yo me pongo a trabajar, y ya salgo adelante; pero a veces, como cuando él me dejó, yo estaba muy... bueno, ahora no estoy tan..., pero antes estaba uno muy tapada, allá, en el rancho; pero si no sabe nada, y luego con eso de que la gente ni leer sabe ni nada, pos peor; ahorita no, ya le da uno porque los niños estudien.

También les aconseja a sus hijas que:

... nomás lo que ellos digan: no; tiene que ser parejo; si él hace una cosa, a compartirlo con la mujer, a decirle esto o lo otro; pero nomás ellos quieren hacer lo que ellos dicen y uno acá,

no; por eso yo les doy consejo: hay que ser los dos parejo, los dos: mira, cómo ves, vamos a hacer esto.

Debido a que las relaciones de pareja que estas mujeres habían tenido durante su primer matrimonio eran muy desiguales y predominaban en sus cónyuges actitudes machistas de dominación, irresponsabilidad económica y hasta de violencia física hacia ellas y sus hijos, en varios casos la ausencia del esposo padre es considerada positiva para su familia,¹¹ a pesar de que la ausencia del cónyuge en este grupo de jefas significó —en unos casos más que en otros— un deterioro en sus condiciones materiales de vida y obligó a estas mujeres a enfrentarse a un mundo desconocido por ellas y en el que se percibían socialmente en desventaja y vulnerabilidad.

Los testimonios de Hortensia (viuda) y Laura (separada) dan cuenta de estas percepciones, pues en ambos casos las familias de estas jefas de hogar y ellas mismas eran víctimas de la violencia física y psicológica de sus cónyuges:

Yo digo que es mejor que mi esposo haya fallecido, porque a lo mejor ellos (sus hijos) hubieran crecido con traumas, porque (ya) ve que ahorita en la niñez hay demasiado trauma, porque los hombres golpean a las mujeres, los tratos que se dan, las malas palabras; cuando mi esposo falleció tuve que ir al psicólogo, porque a mí también él me afectó; yo, a mi chamaquita, recuerdo que yo la golpeaba mucho, me venían a dar una queja y yo no preguntaba si era cierto o no, yo..., a golpes..., entonces yo estaba mal (Hortensia),

...no me golpeaba nada más a mí, también golpeaba a mis hijos; entonces decidí: es que les estoy haciendo más daño a mis hijos..., pero yo, con el trabajo, no...; como quiera, yo veo a mis hijos y ya ellos cambiaron, sí tienen arranques, así como que se enojan y empiezan, pero ellos ya no se ven *traumados*; entonces, si yo hubiera seguido con mi esposo, esta niña estaría bien *traumada*, igual que ellos; y ella se ve diferente, ellos se ven apagados, se ven tristes o tienen pensamientos de cómo vivimos, y la niña no sabe nada (Laura).

La maternidad y el trabajo

La maternidad es quizás la dimensión de la identidad femenina que se vive con mayores conflictos por las jefas de hogar, sobre todo cuando los hijos son toda-

¹¹ En los trabajos cualitativos entre hogares de sectores populares de Chant (1988) y González de la Rocha (1986, 1988) ha sido señalado que en las percepciones de las jefas de hogar la ausencia de violencia familiar constituye quizá el aspecto positivo más importante de la nueva realidad de sus hogares.

vía pequeños. La ambivalencia que produce en las jefas de hogar la necesidad de vivir simultáneamente su condición de trabajadoras remuneradas madres en condiciones de vida muy precarias y con un contexto familiar poco favorable, ha llevado a algunas de estas mujeres incluso a la negación de su ser madres; tal es el caso de Susana, quien enviudó estando embarazada y comenzó a trabajar como obrera en un taller:

Se murió él (su esposo), y a los dos meses vino la niña; haga de cuenta que el mundo se me cerró; tenía que ver quién me viera al bebé, porque yo no podía ver a la niña y verlos a ellos (su otros cuatro hijos); y así anduve un tiempo, que quién me la cuidara. Después nadie me la quiso cuidar; entonces una amiga de aquí me dijo: dásela a mi tía, dásela, de que ande sufriendo la niña..., ella te la cuida, porque a la hora de la comida pues no, estaba arrimada..., y a mí se me hizo muy difícil y no, pues no va a haber de otra, y sí me da tristeza.

Dejaba a los primeros hijos con su hijo mayor, que tenía ocho años edad; además, los vecinos le ayudaban vigilándolos, pues ella entraba a las diez de la mañana y regresaba a su casa hasta las nueve de la noche. A los tres años el taller cerró y Susana comenzó a trabajar como empleada doméstica. Al poco tiempo conoció a otro hombre, con quien ya tiene dos hijos que ella misma cuida, ya que dejó de trabajar. La vida de sus hijos refleja en gran parte los efectos negativos de una situación familiar caracterizada por la precariedad social y la escasez de recursos: actualmente los dos hijos mayores, de 20 y 16 años, ya no estudian, uno llegó solamente hasta sexto de primaria y el otro terminó la secundaria, y ninguno de los dos ha podido conservar su empleo. El hijo mayor se juntó con una muchacha que se separó de él porque éste la golpeaba y porque tiene también problemas de alcoholismo, como los tenía el esposo de Susana; el hijo de 16 años también dejó de estudiar al terminar la primaria.

María, de 43 años y separada desde los 33, tuvo siete hijos y vivió una situación familiar parecida, pues tuvo que separarse de tres de ellos para poder trabajar:

Los primeros fueron más retirados porque se iba, supuestamente, con una mujer; duraba meses con ella, porque él me decía que estaba con ella y a mí me dejaba con su mamá, y cuando no, estaba con la mía; y ahora ya se fue más extenso, ya tiene diez años; estuve, pues, arrimada con mi suegra, y mi mamá me dijo que no me complicara y que me fuera a trabajar, y ella me dio la solución porque yo sí lo necesitaba, pero con los más grandes..., pues yo no tenía para darles..., se fueron con mi suegra.

Su hija mayor, de 20 años, de cierta manera está repitiendo la historia de su

madre, ya que tiene dos hijos pequeños y está embarazada, pero regresó a casa de su madre porque se separó del marido, quien no se hace responsable de sus hijos. María dejó de trabajar a petición de sus otros dos hijos: ellos terminaron la secundaria y actualmente trabajan como obreros. Ahora, al percibir de nuevo la precariedad de su situación familiar, le ha propuesto a su hija que se quede en la casa para que ella pueda volver a trabajar.

El caso de Tania es muy distinto a los de Susana y María. Ella se fue de la casa donde vivía con su marido, porque la relación estaba muy deteriorada. Pero el costo fue que el ex marido se quedara arbitrariamente con la casa y con dos de sus hijos. El trabajo que desempeñaba como secretaria, le permitió resolver el cuidado de los hijos que permanecieron con ella, pues pudo contratar a alguien para que los cuidara, además contó con servicios públicos de guardería, y actualmente ellos se cuidan solos: tienen catorce y once años de edad.

Los hijos pequeños requieren mayor dedicación de tiempo por parte de las madres, por lo que las opciones laborales a las que pueden acceder las jefas de hogar que se encuentran en esa situación familiar son muy limitadas; por ejemplo, Carla tuvo que renunciar a su empleo en una lavandería a pesar de que ganaba más que en el empleo que tiene ahora, pues la jornada de trabajo era más extensa y no le permitía cuidar a su hija, aunque percibe también las limitaciones asociadas con su bajo nivel de escolaridad:

No soy estudiada; no puedo conseguir un buen trabajo para que yo pueda pagar a quien me cuidara a la niña; entonces, sí batallaba, pero mi jefe en ese tiempo me dejaba llevarla al trabajo.

El apoyo familiar es muy importante para las jefas de hogar, principalmente para hacer posible el cuidado de los hijos pequeños. En los relatos de las jefas de hogar entrevistadas aparece como una situación frecuente que los hijos mayores se conviertan en el sustituto de la madre para cuidar a los pequeños; sin embargo, algunas jefas no dejan de vivir esa situación con ambivalencia y sentirse culpables por no ser ellas mismas quienes cuiden a sus hijos. El testimonio de Laura, quien tiene un hogar extenso que le permite contar con ayuda para cuidar a su hija, da cuenta de estos problemas:

Nunca batallé, porque ya cuando se fue mi esposo Elidita tenía 15, 16 años; entonces ella cuidaba a su hermanita y luego pues mi hijo ya estaba casado cuando mi esposo se fue, y siempre han vivido aquí; entonces mi hija se fue con este muchacho, y mi nuera se hacía car-

go de la bebé; entonces, nunca he batallado; nomás que a veces sí siento feo, porque la niña me dice: todas las mamás van a la escuela, y cuando me está diciendo eso le están rodando las lágrimas y digo: pobrecita mi hija sola siempre; y luego dice: todas las mamás le ayudan a copiar su tarea a las niñas y todas van por ellas a la escuela y les llevan lonche y usted no... y le digo: ni modo mi amorcito, yo, si te llevo el lonche y voy por ti a la escuela, no te voy a traer lo que necesitas, y tu quieres muchas cosas.

Las hijas mayores de Marta tenían siete y diez años de edad, cuando se separó de su esposo. Cuando su madre trabajaba de empleada doméstica, ellas se encargaban de cuidar a sus dos hermanos menores:

Ellos se cuidaban unos a otros, y yo venía, y ya cuando salía en la tarde les hacía la cena; ellas, pues, les daban a los más chiquitos. Ahora también se quedan, pero ya no tengo tanto pendiente porque ellas ya están grandes y antes estaban chiquitas, y ahora ya me ayudan.

Al divorciarse, Amada se quedó con sus dos hijos de siete y cinco años. Cuando se divorció ellos asistían a una escuela que les quedaba cerca de su casa; por la mañana los dejaba en la escuela y en la tarde volvían caminando a su casa:

Ellos se venían solitos; está aquí cerca, y para esto, pues ya desde la mañana, ya les dejaba su comida hecha, para que llegaran a calentar en un hornito que compré, así que no fuera peligroso; el gas no les dejaba, ya les dejaba yo nada más para calentar y que comieran, y pues, ya aquí, me esperaban hasta en la tarde que yo llegara.

En el caso de Dulce, la ayuda que ha recibido para cuidar de sus hijos ha sido de su padre viudo y de sus hermanos y hermanas. El hecho de que quienes la han sustituido como madre sea su familia ascendente y no sus propios hijos, la ha hecho sentirse más segura y no manifiesta conflictos por realizar un trabajo remunerado; además, su trabajo en el ramo de la costura le ha permitido contar con servicios públicos de guardería y de salud:

Siempre he tenido la felicidad de mi papá y la comprensión de mis hermanas; que mis hermanas en aquel entonces estudiaban, y había veces que no los podía llevar (a la guardería) y se quedaban con mi papá o tenía una señora también, vecina, que dio a luz a sus bebés. Ella me daba mucho la mano con mis hijos; mi papá, mis hermanas, mis hermanos, ellos siempre me daban la mano; inclusive, pues eran dos, yo me llevaba uno a la hora del trabajo, más tardesito, a la hora que se iban mis hermanas a la escuela, me llevaban al otro. Fue una época muy dura, no había para comprarles pañales desechables para llevarles a la guardería.

Hortensia, al quedar viuda y con tres hijos pequeños, se fue a vivir a la casa de su madre, para que ella le cuidara a sus hijos mientras trabajaba:

La carga ya era para mí completamente; de hecho mi papá le daba muy poquito a mi mamá, porque mi papá tenía su otra casa y mi mamá era la otra; entonces, mi papá no vivía aquí con nosotros. Nada más le daba a mi mamá un sueldo, cuando yo me vine a vivir aquí le aumentó, pero era muy poquito; entonces yo tenía que trabajar; póngale que para mi mamá ¿no?, pero para mis hijos...; ya mi mamá no trabajó, mi mamá sufría igual que yo, porque yo corrí la misma suerte que mi mamá, también se quedó viuda a la misma edad, con tres hijos, igual que yo.

El primer trabajo que tuvo Hortensia como intendente en una escuela se lo consiguió un compadre; a cambio de ello, se comprometió a trabajar también como empleada doméstica en la casa de él. El testimonio de esta jefa de hogar refleja el esfuerzo a que se veía sometida al tener que realizar dos jornadas de trabajo extradoméstico en condiciones extremadamente precarias:

... trabajaba en la escuela, en la mañana; yo llegaba, aventaba mis zapatos, mi bolsa y me iba; llegaba a la casa de ellos, lavaba trastes y aseaba la casa, etcétera; me pagaba muy poquito. Todos los días era lo mismo, y el sábado entraba a las ocho de la mañana, lavaba, planchaba el mismo día; alzaba las dos casas, porque la casa era demasiado grande, lavaba trastes, hacía los patios; entonces yo, a la hora que terminaba, era hasta las ocho de la noche, ya llegaba a mi casa y de lo cansada que yo venía llegaba llorando y más porque mis hijos se me acercaban, o sea, yo no estaba con ellos, yo casi todo el día trabajaba y nada más el domingo me pasaba con ellos; ya después me rebelé y me salí de ahí.

Actualmente su hija de 17 años también trabaja de intendente en unas oficinas, y Hortensia lamenta no haber podido darle estudios y que ahora el horario de su hija no le permita continuar a ella con sus estudios. Como en este caso, en la mayoría de los once casos de jefas en etapas tempranas e intermedias de su trayectoria vital familiar, los hijos menores de edad se incorporan al mercado de trabajo para complementar el ingreso de la familia. Como hemos mencionado anteriormente, este recurso de la estrategia familiar de vida de los hogares de las jefas resuelve necesidades de corto plazo, pero implica generalmente que se sacrifique la educación y las posibilidades futuras de desarrollo individual de los hijos de las jefas de hogar.¹² A pesar de esta situación y ante las fuertes carencias a las que se

¹² Chant (1988) ha señalado que entre los hogares con jefatura femenina, la pérdida de ingresos asociada a la ausencia del cónyuge masculino es más que compensada por los ingresos de los nuevos miembros del hogar —especialmente los hijos— que se incorporan al mercado de trabajo, por lo que, en términos económicos, la situación del hogar puede considerarse mejor. Sin embargo, en un trabajo de González de la Rocha (1988) se sugiere que lo anterior no se cumple y

han enfrentado, las jefas expresan su satisfacción por haber podido brindar a sus hijos un mínimo de recursos para su sobrevivencia. En el testimonio de Marta se pueden encontrar estas percepciones:

...pues aunque uno sea pobre, pero de perdido que los traiga limpios, comidos. A veces mucha gente dice que no halla trabajo y que los niños los tienen hasta amarrados para ellas irse a buscar, pero yo digo: ¿pues cómo no se van a estar ahí los niños, si están bien comidos, bañados, qué les va hacer falta?, nomás uno irse a trabajar para traerles a ellos qué coman.

Mariana, en cambio, ha tenido una experiencia distinta, en buena parte porque al divorciarse su hija mayor ya tenía más de quince años y ella pudo conseguir un trabajo formal y bien remunerado como demostradora de productos:

Mis hijos no querían que yo trabajara, pero se dieron cuenta que hacía falta la entrada de dinero; entonces, no tuvimos más remedio que ponernos a trabajar la muchacha más grande y yo; cuando ella empieza a trabajar, a los 16 años, trabajaba sábados y domingos para poderse dar tiempo de estudiar la carrera, esa de capturista, empezamos a trabajar ella y yo, empiezo a trabajar... yo tenía comisiones y todo, pues entre más vendes, más ganas. Échele ganas, le decía; fue como salió todo.

También se siente orgullosa porque:

Mis hijas ya ahorita ya terminaron; estoy muy contenta porque terminaron sus estudios y están trabajando, porque no se fueron a parar como yo: a estar tantas horas paradas como demostradoras; ellas están en oficinas, están en secretariado; la otra es cajera, pero tiene sus estudios de computación y pues, hasta ahorita, les ha ido muy bien, gracias a Dios.

Como puede observarse, las características sociodemográficas de los arreglos familiares de las jefas determinan en gran medida no solamente las necesidades sociales de sus hogares, sino también las posibilidades de generación de ingresos y de bienestar para ellas y sus hijos; en las experiencias vitales de Hortensia y Mariana pueden observarse esos contrastes en los condicionamientos sociales del bienestar de sus hogares.

que, además, la incorporación temprana de los hijos de la jefa de hogar al mercado de trabajo implica un sacrificio de sus oportunidades educativas.

Jefas en etapas avanzadas de su trayectoria vital familiar

En el cuadro 3 se pueden observar las principales características sociodemográficas de las jefas de hogar entrevistadas que se encontraban en etapas avanzadas de sus trayectorias vitales familiares. Como habíamos señalado anteriormente, este grupo está constituido por seis jefas de hogar, cuyas edades oscilan entre los 49 y los 68 años: dos de ellas son viudas y cuatro son separadas o divorciadas. Con excepción de una de las jefas, que tuvo oportunidad de acceder a la preparatoria y a una carrera comercial, las jefas de este grupo tienen niveles bajos de escolaridad, los cuales se reflejan en la precariedad de los empleos que han desempeñado a lo largo de su trayectoria vital.¹³ Aunque ya solamente dos de estas seis jefas continúan trabajando, en etapas anteriores de su trayectoria vital fueron también proveedoras económicas de sus hogares, como el resto de las jefas de hogar entrevistadas.

La trayectoria vital familiar de estas seis jefas de hogar se encuentra bastante avanzada. En unos casos algunos de los hijos ya están casados, tienen sus propias familias y viven aparte, mientras que otros hijos o hijas casadas, y en algunos casos separadas y madres solteras con sus respectivos hijos, permanecen aún en el hogar de la jefa junto con los hijos que no se han casado, generando posibilidades de compartir el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos pequeños, aunque no sin la existencia de conflictos familiares por esos motivos; en otros casos, en el hogar de la jefa permanecen solamente hijos o hijas que aún no se han casado.

Debido a esas características de la composición de sus hogares, las cuales están asociadas con la etapa de la trayectoria vital familiar en la que se encuentran las jefas de este grupo, el ingreso de estos hogares está integrado totalmente por el trabajo remunerado de los hijos, salvo en dos casos: en uno de ellos la jefa sigue siendo el sostén económico principal, mientras que en el otro la jefa continúa contribuyendo a los ingresos aportados por dos hijas que trabajan. Por esa misma razón, con excepción de la jefa de mayor edad, que ya tiene 68 años y está prácticamente exenta de realizar trabajo doméstico, algunas de las jefas de este grupo se han convertido ya en sustitutas de sus hijas casadas en el cuidado de los

¹³ Igual que en los casos de las jefas en etapas tempranas e intermedias de sus trayectorias vitales familiares, en las historias laborales de estas jefas de hogar predominan las ocupaciones informales y con salarios bajos, como el trabajo doméstico en casas y a domicilio —lavado y planchado de ropa—, la preparación y venta de alimentos, los pequeños negocios familiares —misceláneas— y el comercio en pequeña escala —ropa usada, productos de belleza, etcétera.

CUADRO 3. *Antecedentes sociodemográficos de las jefas de hogar entrevistadas en etapas avanzadas de su trayectoria vital familiar.*

Jefa	Edad	Estado civil	Escolaridad	Ocupación	Edad a la ruptura de la unión	Comportamiento del cónyuge asociado a la ruptura	Tipo de hogar	Edad de los hijos en el hogar
Teresa	49	separada	tercero de primaria	no trabaja	44	infidelidad, violencia, irresponsabilidad económica	nuclear hijos solteros	24, 22, 16, 13
Diana	51	viuda	sexto de primaria	no trabaja	45	esposo idealizado	nuclear hijos solteros	23, 18, 11
Miriam	53	separada	sexto de primaria	no trabaja	20	maltrato, alcoholismo, irresponsabilidad económica	extenso vertical	26, 25, 23
Mariela	54	divorciada	preparatoria y carrera comercial	secretaria	37	infidelidad, violencia, irresponsabilidad económica	extenso vertical	no tiene
Raquel	57	separada	segundo de primaria	lava y plancha en su casa	42	infidelidad, abandono	nuclear hijos solteros	24, 18
Carolina	68	viuda	no estudió	no trabaja	45	esposo idealizado	nuclear hijos solteros	36, 28, 25

FUENTE: Elaboración personal con la información de las entrevistas; los nombres de las jefas son ficticios.

nietos, labor que en algunos casos desempeñan sistemáticamente para que las hijas puedan realizar trabajo remunerado.

Como habíamos mencionado, la etapa de la trayectoria vital familiar en la que se encuentran las jefas de hogar de este grupo, nos permite hacer una lectura más global de su experiencia de vida: a partir del análisis de las entrevistas hemos separado a este grupo de jefas de hogar en dos subconjuntos que tratan de capturar algunas diferencias relevantes en la situación familiar por la que atraviesan las jefas y en los significados más recientes de la jefatura de hogar para estas mujeres. En los apartados que siguen revisamos las principales características de la experiencia vital familiar de las jefas que continúan realizando trabajo extradoméstico y de las que han intercambiado su papel de proveedoras económicas de sus hogares por una renovada responsabilidad por el trabajo doméstico y el cuidado de sus hijos menores o nietos. En ambos casos, los resultados familiares siguen siendo un producto de la constante interacción entre las acciones individuales y los condicionamientos de la estructura social, incluyendo los que la jefatura de hogar ha impuesto a estas mujeres y sus hogares.

Jefas que continúan realizando trabajo extradoméstico

Las razones por las cuales Mariela y Raquel continúan desempeñando trabajo extradoméstico son muy distintas: Raquel necesita trabajar para ayudar a resolver las necesidades cotidianas de la supervivencia de ella y de su familia, mientras que Mariela trabaja prácticamente para mantenerse ella misma, ya que sus hijos están casados todos y además el trabajo se ha convertido también en su proyecto de vida, es decir, en el instrumento de su desarrollo personal.

Raquel, de 57 años y separada desde los 42 años, realiza un trabajo precario y de carácter informal, pues se dedica a lavar y planchar ropa ajena en su casa, debido a que su principal tarea es cuidar a su nieto de tres años para que su hija mayor pueda salir a trabajar. La situación económica de su familia, integrada por ella, dos hijas —una de ellas madre soltera— y un nieto, es muy vulnerable, por lo que ella no descarta la posibilidad de buscar trabajo como empleada doméstica, que es la actividad que realizó cuando sus hijas eran más pequeñas y aún no se podían incorporar al mercado laboral.

Raquel y su familia han vivido en condiciones de alta precariedad; sus hijas no pudieron estudiar y una de ellas trabaja también como empleada doméstica:

Nos la vimos bien apuradas; hasta ahorita la estamos viendo, sacando los recibos; el agua está cortada, está nomás un chorrito, porque se nos amontonaron los recibos. Ahorita están trabajando las dos, poquito de una y poquito de la otra, y ya vamos a ir saliendo.

Antes de trabajar como empleada doméstica tuvo una pequeña tienda en su casa, pero al mudarse a donde ahora viven la tuvo que cerrar; mientras trabajaba como empleada doméstica los vecinos le ayudaron con el cuidado de sus hijas, sobre todo de la mayor que regresaba sola de la escuela, mientras que a la más chica, que tenía tres años, la llevaba a su trabajo:

Luego luego me puse a trabajar, pero en casa, porque no sabía hacer otra cosa. ¿Qué puedo hacer con segundo de primaria?

A pesar de su situación de vulnerabilidad social en las percepciones de Raquel, la experiencia de ella y sus hijas al verse solas y sin el apoyo del padre ha sido positiva, sobre todo para la hija menor:

Han ganado porque se han enseñado a luchar; yo digo (que) tienen que trabajar, porque en la

vida hay subidas y bajadas, porque ahorita trabaja el hombre y trabaja la mujer para salir adelante, al menos la chiquita ha trabajado desde que estaba en la primaria, cuidando niños; la grande no, a ella no le gusta trabajar.

El caso de Mariela, de 54 años y divorciada desde los 37, es excepcional entre las jefas de hogar entrevistadas, pues para poder divorciarse de su marido se enfrentó a un profundo proceso de reconstrucción de su identidad social en el que el trabajo extradoméstico cumplió un papel fundamental. Ella cuenta que al inicio de su matrimonio jugaba un papel muy característico de la mujer: ser objeto de admiración de la pareja, lo que la colocaba en una posición de debilidad, de negación y de total dependencia con respecto a su marido:

El tiempo que estuve con él nunca fui libre; nunca fui libre de decidir: me voy a poner este vestido que a mí me gusta. Él me compraba la ropa, hasta la ropa interior, me cortaba el pelo; le gustaba exhibirme, presumirme; iba a una fiesta (y) decía: “tú no vayas a hablar”, y todo el tiempo así, hasta ahí todo bien, pero después empezó a pelearme por el dinero, empezó a limitarme, de decir: oye, los niños no tienen zapatos.

Luego los problemas económicos se hicieron más graves; les siguió la infidelidad del esposo, los golpes y el maltrato a sus hijos:

Cuando me golpeó me puso la cara hinchada; nunca me había pegado. Yo me desesperaba, me quise cortar las venas.

Para enfrentar la situación asociada al deterioro de su relación de pareja, Mariela contaba, sin embargo, con referentes familiares que le abrieron una posibilidad de desarrollo:

Siempre me ha gustado la política; no sé... , mi familia, toda mi familia ha sido muy política. Yo los acompañaba (a unos tíos) a los mítines y todo; (cuando) empecé estaban los niños chiquitos; iba, por ejemplo, cuando necesitaban mujeres; después me mandaron llamar, querían que yo trabajara de tiempo completo, querían una persona nueva; yo lo único que había hecho era ir a las colonias, acompañando a la gente, total...

El marido la limitaba mucho para desempeñar este trabajo y hasta llegó a negar la capacidad de Mariela para desempeñar un trabajo remunerado; si llegaba después de las ocho de la noche le cerraba la puerta de la casa y tenía que dormir a

la intemperie. Sin embargo, a partir de los contactos que Mariela tenía en el partido político en el que trabajaba, logró conseguir un empleo en el gobierno:

Llegué a ser sargento primero, jefe de celadoras; después me cambiaron a una dependencia donde se manejan datos y nomás entré ahí de secretaria, que es hasta la fecha lo que desempeño.

Sus hijos ya estaban grandes cuando empezó a trabajar; además, los ingresos que obtenía de su trabajo le permitieron contratar a alguien que los cuidara, pues ella trabajaba todos los días, inclusive los fines de semana. Ya con un trabajo remunerado, Mariela se sintió capaz de divorciarse. En el testimonio que sigue, Mariela expresa la importancia que ha tenido para ella el trabajo extradoméstico y en particular el realizar una actividad de servicio a la comunidad:

Yo tomé la decisión de tener un trabajo seguro, para poder demostrarme que podía, para poder hablar, porque ya no me iba a dejar. Ahora tengo mucho campo de acción; antes no sabía yo lo que era, había sido tan utilizada... Mucho tiempo me trataron como objeto, muy humillada por una persona con la que yo deposité mi confianza.

Mariela nunca ha vuelto a pensar en la posibilidad de volver a tener pareja; a partir de su decisión de divorciarse, optó por negar esta dimensión de su identidad como mujer:

Mis hijos estaban todavía chicos; yo nunca fui amante de pensar que yo diera de pensar a mis hijos; cuando una mujer está sola, una tiene que tomar una decisión: es mujer o es madre.

Actualmente, Mariela valora mucho la independencia que ha conseguido como mujer sola. Vive con la esposa de uno de sus hijos que está trabajando en Estados Unidos y sus dos nietos, y trabaja en una dependencia que da apoyo a mujeres maltratadas; además, por las tardes trabaja también en un partido político.

Antes jefas de hogar, ahora amas de casa

Como hemos señalado, el comercio en pequeña escala, la preparación y venta de alimentos y los pequeños negocios familiares han constituido una alternativa pa-

ra sobrevivir en algunos casos de los hogares de nuestras jefas entrevistadas. Dentro del grupo de jefas de hogar en etapas avanzadas de su trayectoria vital familiar, Carolina, de 68 años y viuda desde los 45, y Teresa, de 49 años y separada desde los 44, instalaron por un tiempo una pequeña miscelánea en sus casas, para obtener recursos económicos, para mantener a su familia. Al cerrar estos pequeños negocios, Carolina siguió trabajando en la elaboración de tortillas para vender y lavando y planchando ropa ajena, en tanto que Teresa, que ya estaba cerca de los 49 años, dejó de trabajar, pues ya contaba con la ayuda de sus hijos.

El hogar de Carolina estaba constituido por un hijo y seis hijas; cuando enviudó, el hijo mayor tenía ocho años de edad y aunque contaba con una pensión del marido, esta no era suficiente, así que tuvo que trabajar para sostener económicamente a sus hijos. Sin embargo, en cuanto algunas de sus hijas pudieron incorporarse al mercado de trabajo, ellas mismas le pidieron que dejara de trabajar; actualmente vive con tres de sus hijas, quienes se han hecho cargo de la responsabilidad económica de su hogar, hacen el trabajo doméstico y la cuidan:

... hacía (todo) en la casa, por no dejar solo; ahí planchaba y lavaba, pero no salía por allá.

... puse una vitrinita con dulces en la puerta y yo vendía tostadas, pero un día llega un borracho, comenzó a hablar de más y una de mis hijas se quedó viendo y a ella le dio miedo, y fue por el vecino; y vino el vecino, y entonces le dijo el borracho: ¿nos la echamos?; entonces dijo m'ija: no mamá, usted ya no va a trabajar, usted quédese aquí encerrada, nosotros vamos a trabajar. Tenía 15 años; entonces ella se fue a trabajar y la otra más chiquilla que sigue también, pero tocó que el señor, el dueño de esa tortillería, las estimaba mucho, porque ya las conocía, y al otro lado de la tortillería una de ellas estaba en un expendio de pollo y la otra estaba en una tintorería, entonces ya las conocía cómo eran, cómo se portaban, entonces dijo: vénganse, yo les pago mejorcito, y las puso de encargadas a las dos.

Las hijas de Carolina han sido muy unidas y solidarias, y han reemplazado totalmente a su madre en la responsabilidad del hogar; esta actitud les ha permitido salir adelante; da cuenta de ello su capacidad de convocatoria familiar para ahorrar y comprar un terreno donde construirle una casa a su madre, pues antes vivían en una vecindad que poco a poco se fue deteriorando, porque los inquilinos no pagaban la renta y el dueño nunca la arregló:

Era una manzana sola, y sólo yo me quedé; como las puertas estaban viejitas, todo allí era muy viejito, entonces tenía miedo de que así nomás se abrían las puertas y se podía pasar adentro y podían hacernos un mal a nosotros, y ese era mi temor, (hasta que) dijo una de

mis hijas: fíjate que tengo una amiga que vende terrenos ¿cómo ve si el diez de mayo no le regalamos nada y le damos el terreno?, pues ahora entre todos, de lo que ganamos, vamos a cooperar. Mamá también, de lo que le damos nos tiene que apoyar, y así que de todos, todos me daban, pero también ponían: ahí en una cajita ponían; ya cuando dijimos que vinieran fue que sacamos lo de la cajita y compramos el material; primero vino ella (una de sus hijas), invitó a todos donde trabajaba y los metió a que quitaran la yerba grande, y así empezamos la casa. Luego había que mover bloques y los movían, a echar cubetas de arena, entre todas y cada una.

Por su parte, Teresa trabajó desde que la casaron, a los 16 años, en un matrimonio arreglado por su padrastro en el poblado donde vivían antes de mudarse a la ciudad, pero no tuvo buena suerte con su marido:

Él me celaba, y siempre me golpeaba, incluso me dejaba sola.; anduve yo trabajando, cosía con mis cuñadas, le ayudaba a mi suegra y sí comía; con ella y luego a mis concuñas, les cosía ropa para salir adelante.

Teresa duró casada casi treinta años con un hombre violento que incluso estuvo en la cárcel acusado de homicidio; no era capaz de divorciarse porque su madre le había inculcado una concepción muy tradicional acerca del papel de la mujer, concepción que implica una actitud de pasividad y sumisión al esposo, lo cual explica su incapacidad para asumir el papel de proveedora económica de su hogar, a pesar de que de hecho lo era desde que estaba casada, ante la constante ausencia del marido, quien nunca se responsabilizó económicamente ni de ella ni de sus hijos. La violencia física y psicológica a la que estuvo sometida por su marido, también tiene raíces en su infancia, ya que:

Mi mamá era muy dura conmigo; siempre me golpeaba aquí, tengo toda la cabeza llena de cicatrices, porque me vendaba con lo que encontraba y yo chorreaba de sangre, y no me dejaba ni hablar ni nada, siempre me golpeaba.

Teresa y su familia vivieron en condiciones de pobreza extrema:

Casi día y noche trabajaba en la labor, viendo a mis animales, porque él no me dejó nada (cuando se lo llevaron al penal); entonces, cuando ya no pude estar más con mis suegros y mis cuñadas, que me decían bastantes cosas, vendí mis animales y me vine (a la ciudad); vengo y le doy el dinero a él, pues yo confiada; entonces él se lo gasta y dice mi hijo: ¡mamá, mi papá ya se está acabando el dinero! Para eso ya me iba a quitar a los niños, pero con lo poquito que me había dejado compré un terreno; yo le sé de mezcla y de todo eso, y echándole pi-

sos así, mal hecho; entonces yo he hecho mi casa: llorando a veces de cansada, y ya tengo a mis hijos, me quedaron cinco hijos, y yo lloraba de cansada con mis hijas; mire, a estas horas estaba con la cuchara, con la mezcla, y pues trabajando, lavaba y planchaba para mis hijos.

No tuvo más remedio que apoyarse en el trabajo de sus hijos, que aún estaban pequeños:

Mis hijos estaban chiquitos y ellos comenzaron a trabajar; tengo uno que ahorita es el que está conmigo, está casado, mientras le dan su casa: juntaba cartón, juntaba papel; donde me veía con hambre, pues él le hacía la lucha, estando aquí su padre. Otro de mis hijos se metió al ejército. Yo no tenía que darles a mis hijos, les servía agua con un chilillo rojo; así que les molía, y eso era lo que les daba de comer.

Se separó del esposo después de sufrir golpes e intimidación no sólo hacia ella sino también hacia sus hijas. Durante un tiempo puso en su casa una pequeña miscelánea, pues se sentía incapaz de buscar trabajo lejos de su casa. Después, dos de sus hijos encontraron un trabajo remunerado y Teresa se ha hecho cargo del trabajo doméstico desde entonces:

Pues aquí estoy esperando, mis hijos son los que trabajan. Mi hijo le da los estudios a este más chiquito y ahora yo cuido al niño de mi hija. Mis hijos son los que me han sacado adelante.

A diferencia de Teresa, Diana, de 51 años de edad y viuda desde los 45, desempeñó hasta hace pocos años un trabajo propio de los hombres, pues fue chofer de un transporte escolar. Esta actividad constituyó la herencia de su marido, pues antes de morir le enseñó el oficio y ella continuó ofreciendo el servicio como él lo hacía. Gracias a este trabajo, Diana pudo satisfacer las necesidades económicas de su familia y terminó de pagar la casa que les dejó su esposo. Después de un tiempo, sus hijos se casaron y su pequeño negocio dejó de ser rentable, por lo que tuvo que apoyarse en el trabajo de sus hijos, particularmente el de sus dos hijas solteras que viven con ella y quienes también se hacen cargo de los gastos necesarios para los estudios de su hijo más pequeño.

Miriam, de 53 años de edad y divorciada desde los 29, se separó de su marido porque la maltrataba; aunque se casó a los 26 años, su deseo de liberarse del control de su madre le impidió conocer mejor a su marido antes de casarse:

Nosotros fuimos muy pobres, pero de una educación muy diferente... , una moral un poco

más estricta; entonces empecé a batallar con él, era tomador, quería golpearme, no me daba dinero; entonces él no se quería ir, no me quería dejar, pero yo decidí dejarlo a él.

Según Miriam, adquirió esta capacidad de decisión porque leía muchas novelas y de ellas tomaba las experiencias que consideraba favorables. Además, Miriam había trabajado desde soltera con un tío que tenía un taller de maquila de calzado; cuando se casó se fueron a vivir con sus padres y abuelos, pues ella siempre se encargó de cuidar a sus abuelos. Desde entonces siempre ha vivido en un hogar extenso y se ha hecho cargo de administrar los ingresos familiares. Cuando se separó, estaba embarazada y ya no pudo seguir trabajando, y a pesar de que por sus condiciones de salud no debía realizar ningún tipo de trabajo, se las ingeniaba para hacer parte del trabajo doméstico de su casa. Volvió a trabajar hasta que su hija menor tuvo tres meses:

Andaba detrás de un señor que tenía un taller y repartía trabajo enfrente de mi casa y dos veces hablé con él, y me dice: no tengo trabajo, pero en la primera oportunidad, le traigo trabajo; y con él trabajé doce años.

Además de maquilar calzado en su domicilio, Miriam vendía quesos, productos de belleza y ropa usada. A sus hijos los llevaba a la escuela muy temprano y regresaba a trabajar:

En el día trabajaba y en la noche hacía mi quehacer. A veces empezaba a lavar a las diez de la noche hasta las tres o cuatro de la mañana, y luego me levantaba a las seis para llevar a mis hijos a la escuela.

Algunas veces sus hijos le ayudaban en el trabajo:

A veces había mucho trabajo, y los sábados, por ejemplo, les decía: me van a ayudar, yo no les voy a hacer de comer, tengo que entregar zapatos, si no los entrego, no me los pagan; entonces, tú me vas a ayudar a foliar las cajas y tú me vas a... Primero los enseñaba y entonces (su hijo mayor) se agarraba a foliar todas las cajas y a ponerlas por numeración, mientras (su hija menor) les ponía un líquido para que brillaran; yo hacía otra cosa.

Después, le dejaron de llevar trabajo para realizarlo en su casa. A pesar de que le ofrecieron algunos empleos atractivos para ella, no pudo tomarlos porque su madre se negaba a cuidar a sus hijos. Después sus hijos comenzaron a trabajar y una de sus hijas se casó y vive actualmente con su esposo y sus tres hijos en la casa

de Miriam, quien se encargaba del trabajo doméstico y de la crianza de sus nietos, hasta que por problemas de salud le pidió a su hija que le ayudara con los quehaceres de la casa, que considerara que:

No puedo hacer todo el quehacer hija, si tú estás trabajando tienes que tomar en cuenta que la mujer trabaja doble; vas a trabajar en tu trabajo y vas a trabajar aquí, porque yo ya estoy vieja.

Así, en la trayectoria vital de esta jefa de hogar aparecen claramente las diferentes etapas de un proceso por el que atraviesa una mujer que se enfrenta a la jefatura económica de su hogar en un momento en el que los hijos son todavía pequeños y que parece completarse cuando alguna de sus hijas toma su lugar como responsable del hogar, a pesar de que la jefa mantiene el reconocimiento de los diferentes miembros de la familia.

SÍNTESIS Y REFLEXIONES FINALES

En este trabajo tomamos como punto de partida la idea de que los distintos procesos macrosociales adquieren significados concretos al nivel de los individuos, las familias y las comunidades. Nos hemos interesado por las maneras en las que las mujeres de sectores populares que son jefas de sus hogares han resuelto —con acciones individuales, familiares y sociales— sus estrategias familiares de vida en una interacción constante con las restricciones que les han impuesto la estructura social y su propia experiencia como jefas.

Para estas mujeres, la experiencia de la jefatura ha significado un proceso para el que no estaban preparadas socialmente: nuestras jefas entrevistadas tuvieron que asumir, internalizar y darle significado a la jefatura de sus hogares, asumiendo, por necesidad, la responsabilidad económica de sus hijos y en algunos casos de otros miembros de la familia. Así, en las posibilidades sociales de estas mujeres se conjugan una serie de efectos negativos relacionados con la clase social a la que pertenecen, con las características de sus arreglos familiares, con el género y con su condición de jefas de hogar.

Por estas razones, la internalización de la jefatura del hogar y la solución cotidiana de su estrategia familiar de vida ocurre en una situación de extrema vulnerabilidad social, lo que explica a su vez la presencia constante de conflictos y am-

bivalencias en las percepciones de las jefas de hogar y el cuestionamiento cotidiano de su propia capacidad para resolver las responsabilidades que la sociedad les ha asignado tradicionalmente como mujeres y al mismo tiempo procurar el sostenimiento económico cotidiano de sus familias.

En la experiencia de vida de las jefas divorciadas y separadas, la internalización de la jefatura tiene varias etapas no necesariamente secuenciales: *a)* la ruptura de la unión por diferentes razones, algunas veces mezcladas en una combinación bastante conflictiva y en algunos casos muy violenta; *b)* la internalización de la jefatura de hogar a partir, primero, de la negación de la pareja que se tuvo y, segundo, de la necesidad de asumir la responsabilidad económica del hogar —con más o menos necesidades y más o menos recursos, dependiendo de la etapa de la trayectoria vital familiar de la jefa de hogar y de la disponibilidad de apoyos familiares y de amistades, pues los apoyos institucionales son prácticamente inexistentes—; *c)* el fortalecimiento de la maternidad y del trabajo como ejes alrededor de los cuales descansa su reconstrucción como mujeres y su construcción como jefas de hogar —este proceso fortalece aún más la negación ya no de su pareja anterior, sino de la relación de pareja tradicional como eje constructor de la identidad femenina—; *d)* el abandono posterior de su papel como proveedoras, cuando los hijos o parejas ausentes asumen esa responsabilidad, y *e)* el establecimiento de relaciones de pareja no tradicionales.

Los elementos que forman parte del proceso anterior, tienen matices diferentes en los casos de las jefas de hogar que se quedaron viudas en etapas avanzadas del ciclo vital, para quienes las ambivalencias y los conflictos propios de la internalización de la jefatura no generan procesos de socialización secundaria tan radicales. Estas jefas viudas viven la ausencia de la pareja masculina de manera distinta. El hecho de no haber tenido la experiencia de un proceso de deterioro de la vida en pareja y su consecuente negación les hace afrontar la ausencia del cónyuge de una manera bastante idealizada; además, es como si su propia vida en pareja hubiera cumplido un ciclo natural de vida y muerte, aunque los costos emocionales y afectivos pueden ser muy profundos. Dado que estas jefas viudas no tuvieron que negar por ellas mismas su “ser esposas” ni fueron negadas como tales por su pareja masculina, su condición de mujeres “solas” tiene también significados sociales distintos: si bien son percibidas en una situación de vulnerabilidad social asociada a su condición de viudas, no viven el rechazo que acompaña al estigma de ser divorciada, separada o madre soltera.

La lectura longitudinal de las entrevistas de todos los casos de jefas de hogar de este estudio muestra además la importancia de la etapa de la trayectoria vital familiar de las jefas en el momento de la adopción inicial de la jefatura de hogar, en la determinación de la vulnerabilidad social de ellas y de sus hogares: entre estas jefas de hogar de colonias populares, el haberse enfrentado a la ruptura de la unión y a la necesaria responsabilidad económica asociada a la ausencia del cónyuge o de la pareja en una etapa en la que la mayor parte de los hijos son todavía pequeños coloca a estas mujeres y a sus hogares en una situación social muy desventajosa, porque las necesidades económicas de la familia son siempre mayores que los recursos que se pueden generar en esa situación.

De la misma manera, las redes sociales y familiares de apoyo constituyeron en la experiencia de vida de estas jefas de hogar uno de los elementos que hicieron posible la sobrevivencia inmediata y cotidiana de las jefas y sus hijos, a pesar de que las responsabilidades de la jefatura les imponen obviamente serias restricciones para su construcción y mantenimiento. En algunos casos, el regreso de la jefa de hogar a la casa paterno-materna fue decisivo para enfrentar inicialmente los problemas de la pérdida o la ausencia de la pareja masculina; en otros casos, el apoyo familiar le facilitó a la jefa de hogar el establecimiento de un nuevo domicilio, de una nueva casa, con todo lo que ello significa —vivienda, muebles, etcétera—; en otros casos, el apoyo de una vecina hizo posible que la jefa descargara parte del tiempo requerido para el cuidado de los hijos y de esa manera poder salir a trabajar.

Podríamos decir que las jefas de hogar son madres ante todo; esta condición determina su comportamiento frente a la ruptura de su unión, frente a su ingreso al mercado de trabajo, frente al tipo de empleo que se desempeña y frente a la posibilidad de volver a ser compañeras o esposas. Así, en la forma de vivir e internalizar las otras dimensiones de la identidad femenina, los hijos tienen una presencia muy importante, sobre todo si son menores de edad.

El trabajo extradoméstico constituye una actividad fundamental en las estrategias familiares de vida y en los procesos de reconstrucción de la identidad social de las mujeres como mujeres-jefas de hogar; el ser trabajadoras facilita a las jefas de hogar su transición de madres-esposas a madres-trabajadoras; el trabajo extradoméstico es también determinante de su mayor capacidad para internalizar la nueva realidad que les impone la pérdida o la ausencia de la pareja.

La experiencia laboral previa al matrimonio y el nivel de escolaridad alcanza-

do aparecen como antecedentes positivos para las jefas de hogar, especialmente si se trata de un trabajo que les ofrece cierto nivel salarial y el acceso a servicios públicos de apoyo a la dinámica y a las necesidades de la familia, como guarderías, créditos para vivienda y servicio de salud. En cambio, las mujeres que no habían realizado trabajo extradoméstico antes de asumir la jefatura, se ven sometidas a un proceso de socialización desconocido para ellas, en el que se perciben excesivamente vulnerables, particularmente por su condición de mujeres solas, por su bajo nivel de escolaridad y por el peso de la responsabilidad económica de sus hijos.

Por otra parte, hay casos en los que los antecedentes laborales están ligados a condiciones de pobreza en los hogares de origen de las jefas, por lo cual estas jefas de hogar tienen muy interiorizada la idea de que el trabajo de la mujer fuera del hogar debe responder a una situación familiar de extrema escasez y no a una experiencia común en su vida.

El hecho de que estas mujeres se hayan hecho responsables de la manutención del hogar y hayan enfrentado la pérdida de la pareja, genera cambios importantes en sus percepciones sobre la vida matrimonial. Algunas jefas de hogar establecen nuevas relaciones pero sin plantearse una relación tradicional, mientras que otras anhelan una pareja en la que prevalezca el compañerismo. Sin embargo, para estas mujeres, a pesar de que la separación, el divorcio o la viudez significaron un deterioro en las posibilidades económicas de la familia, la ausencia del marido a veces es percibida como positiva, en términos del ambiente familiar y de su mayor independencia y capacidad de decisión.

La fuerte presión económica que experimentan estas mujeres les provoca sentimientos de ambivalencia respecto a su capacidad como proveedoras, por lo que algunas no dejan de asociar a la pareja masculina con el bienestar económico de la familia. Asimismo, se cuestionan su desempeño como madres trabajadoras, lo cual no les permite superar totalmente su posición de dependencia frente al hombre; de hecho, algunas jefas dejaron de trabajar porque la nueva pareja no tradicional asumió la responsabilidad económica de su hogar, al menos parcialmente.

Un elemento recurrente en las estrategias familiares de vida de nuestras jefas entrevistadas es el uso del trabajo de los hijos tanto doméstico como extradoméstico. En lo que se refiere al trabajo doméstico, es común que los hijos sean sustitutos de la madre para el cuidado de los hermanos menores, salvo en casos

afortunados en los que se cuenta con la ayuda de los abuelos o de otros parientes. Los hijos de estas jefas realizan también trabajo extradoméstico en empleos precarios, incluso cuando son aún menores de edad, sacrificándose con ello su acceso a la educación y sus posibilidades futuras de movilidad social, y generándose de esta manera un proceso de reproducción generacional de la pobreza en los contextos familiares de las jefas de hogar.

La precariedad de los empleos a los que acceden las jefas puede llegar a constituir un obstáculo para que puedan transitar hacia otra concepción acerca del trabajo extradoméstico, en la que el trabajo signifique no sólo un mecanismo de subsistencia para la familia, sino también un elemento de posibles transformaciones de las relaciones de género que pudieran fortalecer su posición relativa en la sociedad con respecto de los hombres.

Las situaciones extremas de vulnerabilidad social que llegan a enfrentar estas jefas de hogar de sectores populares se traducen en una gran incapacidad para tomar decisiones, lo que las lleva a permanecer en y tolerar durante una buena parte de su vida relaciones de pareja muy deterioradas y que entrañan altos niveles de violencia, antes de tomar una decisión que termine con esa situación. Sin embargo, a pesar de estas experiencias desfavorables en su relación de pareja y a pesar de que en la mayoría de los casos y durante una parte importante de sus vidas las jefas de hogar se convirtieron en proveedoras económicas de facto, les ha resultado muy difícil asumir plenamente este papel en su imaginario.

En estas mujeres, los efectos negativos de los condicionamientos del género aparecen entrelazados con su condición de jefas de hogar y de tener, al menos durante una parte importante de su vida, la casi total responsabilidad económica de su familia. El peso que le otorgan en sus percepciones a la maternidad como la dimensión fundamental en el proceso de reconstrucción de su identidad social como mujeres y de su construcción como jefas de hogar se manifiesta en la imposibilidad —acrecentada por los efectos de su posición en la estructura social— de acceder a oportunidades de empleo bien remuneradas.

Para finalizar, parece claro que con la ausencia de una política social que reconozca la situación excepcional de extrema vulnerabilidad social de estas jefas y de sus hogares y que establezca apoyos institucionales específicos que tomen en cuenta su heterogeneidad sociodemográfica, considerando la inexistencia de apoyos con una cobertura más amplia de las familias pobres de los sectores populares urbanos, es muy difícil que la pobreza, la escasez de oportunidades y la

falta de desarrollo individual y social, dejen de ser un escenario inevitable en el futuro de los hijos de estas mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Félix, "Jefatura de hogar femenina y bienestar familiar en México", tesis de doctorado, México, El Colegio de México, 2000.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality*, San Francisco, Anchor Books, 1967.
- Buvinic, Mayra, "La vulnerabilidad de los hogares con jefatura femenina: preguntas y opciones de política para América Latina y el Caribe", Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 1990.
- Cervantes Carlson, Alejandro, "Identidad de género de la mujer: tres tesis sobre su dimensión social", *Frontera Norte*, vol. 6, julio-diciembre de 1994, pp. 9-23.
- Chant, Sylvia (1988), "Mitos y realidades de la formación de familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México", en Luisa Gabayet *et al.* (comps.), *Mujeres y sociedad. Salarios, hogar y acción social en el occidente de México*, México, El Colegio de Jalisco/CIESAS, 1988, pp. 181-203.
- Duque, Joaquín y Ernesto Pastrana, *Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector urbano: una investigación exploratoria*, Santiago de Chile, FLACSO, 1973.
- Estrella, Gabriel y René Zenteno, "Dinámica de la integración de la mujer a los mercados laborales urbanos de México, 1988-1994", en Asociación Mexicana de Población (AMEP), *Mercados locales de trabajo. Participación femenina, relaciones de género y bienestar familiar*, México, AMEP, 1997, pp. 113-209.
- Fontana, Andrea y James H. Frey, "Interviewing: the Art of Science", en Norman K. Denzin e Ivonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, London, Sage Publications, 1990, pp. 361-376.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México, 1994.
- Gómez De León y Susan Parker, "Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos", 1999, mimeo.

- González de la Rocha, Mercedes, *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS, 1986.
- , “De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara”, en Luisa Gabayet *et al.* (comps.), *Mujeres y sociedad. Salarios, hogar y acción social en el occidente de México*, México, El Colegio de Jalisco/CIESAS, 1988, pp. 205-227.
- Hareven, Tamara K., *Family and Kin in American Urban Communities, 1780-1940*, Nueva York, Franklin Watts, 1977.
- McCracken, Grant, “The Long Interview”, en Grant McCracken, *The Long Interview*, San Francisco, Sage Publications, 1990, pp. 9-29.
- Moch, Leslie, Nancy Folbre, Daniel S. Smith, Laurel I. Cornell y Louise Tilly, “Family Strategy: a Dialogue”, *Historical Methods*, vol. 20, núm. 3, 1987, pp. 113-125.
- Morse, Janice M., “Designing Funded Qualitative Research”, en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, San Francisco, Sage Publications, 1994, pp. 220-235.
- Oliveira, Orlandina de, Marcela Eternod y María de la Paz López, “Familia y género en el análisis sociodemográfico”, en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/Somede, 1999, pp. 211-271.
- Osaki, Keiko Ono, “Female Headed Households in Developing Countries: By Choice or by Circumstances?”, en *Proceedings of the Demographic and Health Surveys World Conference*, Washington, D. C., IRD/Macro International, vol. 3, 1991, pp. 1603-1621.
- Pzeworski, Adam, “La teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre los trabajos de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO”, en *Reflexiones teórico-metodológicas sobre investigaciones en población*, México, El Colmex, 1982, pp. 59-99.
- Rodríguez Dorantes, Cecilia, “Entre el mito y la experiencia vivida: las jefas de familia”, en Soledad González Montes y Julia Tuñón (comps.), *Familias y mujeres en México*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 195-238.
- Torrado, Susana, “Clases sociales, familia y comportamiento demográfico. Orientaciones metodológicas”, *Demografía y economía*, vol. XII, núm. 3 (36), 1978, pp. 343-376.
- , “Sobre los conceptos de ‘estrategias familiares de vida’ y ‘proceso de re-

producción de la fuerza de trabajo': notas teórico-metodológicas", en *Demografía y economía*, vol. XV, núm. 2 (46), 1981, pp. 204-233.

Vidich, Arthur J. y Stanford M. Lyman, "Qualitative Methods: Their History in Sociology and Antropology", en Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, San Francisco, Sage Publications, 1994, pp. 23-59.